

SS-F
Z-3-17

HISTORIA
DE
NUMANCIA

EN LA
QUE SE EXPLICA TODO LO ACAECIDO DURANTE SU PROLONGADA
CAMPAÑA DE VEINTE AÑOS

POR
SANTIAGO VERDE Y GOMEZ.



SORIA
Imprenta provincial
1892.

74418

R. 48013

DEDICATORIA

Á LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE SORIA,

Dignese V. E. aceptar benévola é indulgentemente este humilde trabajo que como uno de los mejores recuerdos históricos de nuestra provincia, tiene el honor de dedicarle el que á la vez se honra en ofrecer á V. E. el testimonio de su más distinguida y respetuosa consideración

Santiago Verde Gomez.

B.P. de Soria



1081447

SS-F Z-3-17



CAPÍTULO PRIMERO.

Numancia y Soria en los Atlas Históricos. (1)

Nótase que en algunos compendios de Geografía é Historia arreglados para la enseñanza de la juventud, y principalmente en las colecciones de mapas ó atlas históricos ya generalizados en las Escuelas, se reducen á una sola las poblaciones de Numancia y Soria, colocándolas en el mismo sitio y asignándoles nombres diferentes, según las épocas. En los mapas que representan la España primitiva y la romana, en sus diferentes períodos hasta la invasión de los Bárbaros del Norte, señalase Numancia, que destruida y reedificada por los mismos romanos, conserva su nombre hasta la caída del imperio; en el que se figura la España invadida por los Bárbaros del Norte, aparece ya el nombre de Soritia en vez del de Numancia, y se conserva hasta la desaparición del imperio de los godos; y desde la invasión de los árabes el nombre de Soritia se convierte en el de Soria, que permanece sin más alteración que la de Soria por Sorya hasta los tiempos modernos.

Arbitraria es esta reducción á todas luces, y bien se echa de ver que los autores de tales mapas no han hecho los estudios de esta parte de nuestra Península sobre el terreno, ni consultado las crónicas de Soria.

(1) Este Capítulo primero pertenece absolutamente á la Historia de Soria y su provincia, escrita por D. Nicolás Rabal, año de 1889, página 538.

Fácilmente se explica que á Numancia se la suponga reedificada en Soria, despues de incendiada ó destruida segunda vez en la invasión de los Bárbaros del Norte por la proximidad de los sitios, aunque la distancia de uno á otro es de siete kilómetros; pero lo que no se comprende es cómo le han asignado el nombre de Soritia, porque esta población no estuvo en Soria sino en la Andalucía, según expresamente afirma Abraham Ortelio, escritor de gran autoridad en la materia. Sin duda que los autores de los citados atlas se han guiado por la semejanza de los nombres.

La ciudad de Numancia subsistió, á juzgar por las antigüedades, inscripciones y monedas que en sus ruinas se encuentran, hasta la caída del imperio, en el cerro de la Muela de Garray, siete kilómetros al Norte de Soria; desapareció sin que se sepa cómo, en la invasión de los Bárbaros del Norte; construyóse sobre sus ruinas, segun la tradición, otra población que llegó á ser floreciente, á juzgar por su nombre, que era el de Gran Garraya, pero desapareció rápidamente, sin que se sepa cuándo, lo cual hace dudar de la verdad de su existencia, tanto más por cuanto en la tradición se añade el célebre suceso de los gatos, invención ridícula que prueba el poco fundamento de esta suposición. En ruinas, pues, permaneció Numancia hasta el siglo XI en que, según sabemos, en las faldas del cerro donde tuvo su asiento, se fundó el actual pueblo de Garray, cuyo nombre alude al incendio segundo de Numancia.

Entre tanto, en el sitio de Soria ó se alzaba alguna población de las primitivas como Lutia ú otra de las que no hemos podido hallar su correspondencia, ó, lo

que es lo más probable, se fundaba de primer asiento en el periodo floreciente de los suevos, por los reyes Miros, como afirman los cronistas, asignándole el nombre de Sauria ó de Sadauria, convertido por estos cronistas en Savaria ó Suevaria, hasta que en el periodo de la reconquista aparece ya definitivamente con el actual de Sorya ó Soria. Como quiera que sea, nuestros cronistas no tuvieron noticia del nombre de Soritia, ni nosotros tampoco lo hemos encontrado más que en los citados compendios y modernos atlas.

Para esclarecimiento de los hechos, el Sr. Rabal, termina diciendo que los suevos no dominaron en este país, por lo que puede darse por gratuita esa opinión de los cronistas.

Y añade que la ciudad de Soria viene nombrada como una de las de Castilla por el geógrafo árabe Edrisi, que escribía á mediados del siglo XII, pero con datos más antiguos.

CAPÍTULO II.

Antigüedades romanas.—Ruinas de Numancia. (1)

A la provincia de Soria cabe la gloria de contar entre sus poblaciones antiguas la inmortal Numancia, cuyo sitio y vestigios se encuentran á siete kilómetros al Norte de la Capital, en la margen izquierda del rio Duero y junto al moderno pueblo de Garray, en la espaciosa cumbre de una elevada colina.

Los historiadores todos de más autoridad han estado conformes en asegurar á la Ciudad de Numancia

(1) También este segundo capítulo pertenece exclusivamente, hasta con las notas que en el texto se intercalan, á la mencionada obra de D. Nicolás Rabal, publicada en 1889, páginas desde la 99 á la 108 inclusive.

esta correspondencia; pero no han faltado escritores que han sostenido que su verdadero sitio fué el de la ciudad de Zamora, así como otros, separándose aunque poco de la común opinión, la han colocado en Almazán y en la ciudad de Soria. Inútil sería ya toda discusión sobre este punto, y supérfluo transcribir aquí, ni aún en resúmen siquiera, las extensas disertaciones que sobre el sitio en cuestión ponen nuestros principales cronistas al final de sus obras, para demostrar con toda copia de datos la certeza de la opinión generalmente seguida de que Numancia estuvo en Garray, y refutar los argumentos que en contra de ello oponían los que habian supuesto en Zamora. (1)

(1) De todas las pruebas que alegaban en pro de su opinión los cronistas que sostenían que la ciudad de Numancia había tenido su asiento en Zamora, solamente dos parecían hasta hace poco tiempo tener algún valor. Una de ella sera la que se fundaba en la existencia de un ladrillo que se encontró en unas excavaciones y tenía grabada la siguiente inscripción:

O. Numancia

El anticuario Hübner no citó esta inscripción creyendo que sería una falsificación, pero no había tal. El ladrillo había parecido real y verdaderamente en unas excavaciones y la inscripción era auténtica, por manera que, bajo este punto de vista, era cierta su antigüedad, y con razón el Ayuntamiento de Zamora y con sobrado fundamento conservaba el ladrillo en una preciosa caja como objeto de mérito. El error todo está en la interpretación de la inscripción, la cual, según el Señor Saavedra, no hacía referencia ni tenía relación con Numancia, pues no era otra cosa que una marca de fábrica que debía leerse así:

O (ficina) Numaci

que traducida al Castellano, quiere decir:

Oficina de Numacio;

es decir, alfarería de un fabricante que se llamaba así.

La segunda, que también parecía tener algún valor, era la de que en el arreglo ó nueva división de obispado que se atribuye á Wamba, figura la diócesis de Numancia, demarcada de tal manera, que los límites no son otros que los de la provincia de Zamora. Mas á juicio de personas entendidas, si el documento todo atribuido á Wamba no es apócrifo, lo es cuando ménos la parte que se refiere á Numancia, lo cual se conoce en la manera como está redactado y en que al tratar de esta supuesta diócesis se detallan los límites más minuciosamente que los de las demás.

El Sr. Saavedra ha demostrado de una manera evidente con sus estudios sobre la vía de Astúrica ó Cesar-Augusta por la Celtiberia que el cerro denominado de la Muela en Garray es efectivamente el sitio verdadero de Numancia, porque este es el punto de intersección de la vía y el Duero, en el cual debió forzosamente encontrarse toda vez que, según muchos pasajes de las historias romanas, la ciudad estaba bañada por el citado río, y según el itinerario de Antonino, la vía de Cesaraugusta pasaba también por ella.

Además, desde Tardesillas, pueblo inmediato á Garray, hasta la villa de Agreda, se encuentran la mayor parte de las piedras miliares que señalan con inscripciones inteligibles y claras, las distancias que faltaban hasta la mansión de Augustobriga, la primera y más inmediata á Numancia como se iba de ésta á Cesaraugusta. Ya, pues, tan solo procede indicar las diversas opiniones sobre sus oscuros orígenes y dar noticia de los vestigios y antigüedades descubiertas entre sus ruinas hasta las últimas excavaciones.

De los orígenes de Numancia solo se sabe de cierto que á la venida de los romanos á España existía y era una población la más importante de la Celtiberia, no por su numeroso vecindario, ni tampoco por su riqueza, que esto no lo permitía su suelo, sino por el esfuerzo heroico de sus habitantes que por espacio de muchos años resistieron al empuje de los ejércitos Consulares, derrotándolos no pocas veces, aprovechando las condiciones que para la defensa y ataque ofrecían á los naturales concedores del país la posición extratéctica de la población, la escabrosidad del terreno, la espesura de sus montes y lo riguroso del clima.

Algunos historiadores, queriendo señalar el origen de la fundación, han supuesto que ésta fué debida nada menos que el mismo Numa, sucesor de Rómulo, fundador de Roma; otros como Cortés aseguran que la edificaron los númidas; y Echaor cree que fué una población vasca, cuyo nombre, derivado de la raíz eúskara Numancia, significa *laguna*, aludiendo á los pantanos que, según las historias antiguas, la rodeaban y aun hoy se manifiestan en la época de invierno ó de las grandes lluvias. Ningún crédito puede darse á esta y otras opiniones semejantes que citan nuestros cronistas, porque no pasan de ser meras conjeturas fundadas en la etimología de la palabra Numancia que, como en estas mismas interpretaciones se vé, puede hacerse derivar de raíces enteramente distintas. Vencida al fin por numerosos ejércitos romanos, que sin darle tiempo para el descanso cayeron sobre ella, fué Numancia, según fama, incendiada por sus mismos defensores y arrasada hasta los cimientos; más no ha de entenderse esto tan en absoluto que no quedara de ella, como suele decirse, piedra sobre piedra ni que jamás fuese reedificada. Si sobre sus ruinas aun no borradas del todo no se hubiera reedificado inmediatamente durante la dominación de la república romana ó el imperio, no se encontrarían en ella restos de sus primitivas murallas, ni lápidas sepulcrales con inscripciones escritas en lengua latina, ni aparecería la mansion de su nombre en el mismo sitio como aparece en el itinerario y en los vestigios de la vía romana.

Lo que no se sabe es cuando volvió á ser destruida ó quemada después de la época romana, porque la noticia que se halla en algunos documentos escritos de

que en el período visigodo existía en ella una población llamada la gran Garraya, cabeza ó metrópoli de cinco obispados, es á todas luces apócrifa ó inventada. Lo probable es que la incendiaran de nuevo los vándalos ó que desapareciera en el espacio que media entre la caída del imperio y la reconquista, como tantas otras que vemos arruinadas y despobladas.

En el siglo XI se edificó el actual pueblo de Garray, cuyo nombre vasco, según Erro, se le dió por el recuerdo del fin desastroso de la población, porque esta palabra se deriva de una raíz vasca que significa *ciudad quemada*. En el siglo XIII se construyó en la falda la ermita de los Mártires, Nereo, Aquileo, Pancracio y Domitila, después de lo cual se perdió la memoria de Numancia y sus ruinas permanecieron ignoradas hasta que las descubrieron ó dieron noticia de ellas Ambrosio de Morales, el P. Florez y Loperraez.

Cuando este último historiador visitó aquellos sitios con objeto de hacer sus investigaciones para la historia del obispado de Osma, aun aparecían al descubierto manifiestos vestigios. Veíanse por la parte del río tres vallados de piedra que, guardando la figura de muralla y las distancias de foso y contrafoso, conservaban las líneas curvas, cuyos espacios intermedios habían puesto en cultivo los naturales. La piedra que formaba estos muros era una especie de guijarro liso sin que se notara estar unido por argamasa, aunque manifestaban haberla tenido y desaparecido con las aguas.

Estos valladares no se prolongaban por todo el contorno del sitio, lo que se explica suponiendo que donde faltaban los habían desecho los naturales para

el mejor cultivo del terreno. En la cima de la colina se notaban muchos recuadros de casas, calles y algunas plazuelas formadas por cimientos de pared sin betún ni pulidez, encontrándose á cada paso fragmentos de tejas, vasijas, escorias y ladrillos de seis y ocho dedos de grueso, y en lo principal de esta cima ó llano, llamado ya por los naturales el *sitio de la plaza*, se veían también como al igual de la superficie de la tierra, un murallón de 5 piés de ancho y 25 varas de largo con dos ángulos en los extremos construidos de piedra y argamasa de cal y arena. También se hallaban á poco que se cavaba, piedras sillares que los vecinos de Garray extraían para sus construcciones. Como la mayor parte del terreno estaba en cultivo, los labradores encontraban con frecuencia, como se encuentran hoy, medallas y monedas, la mayor parte celtíberas, algunas consulares y otras de colonias y municipios, asegurándose que hacía pocos años, dos vecinos de Garray habían descubierto, el uno un pedazo grande de plata en forma de plancha, que vendió á un platero, y el otro una porción de bronce, que por la figura que tenía se conoecía haber sido fundido en el incendio. En cuanto á inscripciones, no había más que tres que hoy se ven aún en la ermita de los Mártires, levantada, como se ha dicho, en la falda de la colina. Una de éstas era la que indica la fecha de la construcción de dicha ermita, embutida en la pared de la fachada que mira al Mediodía, y dice así:

ANNO 1231.

La otra, que se hallaba como hoy igualmente embutida y en el mismo lienzo de pared, dice así:

Ista vorax fosa
Clericorum Continet ossa
Metti et Lici
degentum semper amici. (1)

La última se encuentra tendida á flor de tierra, sirviendo de piedra angular en la fachada del Norte y lado de la Capilla mayor, que dice:

D. M. S. L.
HEVDE
M. H. M.
ODEST
VS. LIB. P.
ATRON
O. F. C. (2)

Cuando en 1853 el Sr. Saavedra hizo sus estudios sobre la via, no quedaba fuera de estas inscripciones más vestigios al exterior que un trozo de muro y otro que él descubrió mediante una excavación; mas después de la presentación de su Memoria, se emprendieron por la Real Academia de la Historia nuevas excavaciones que dieron por resultado el descubrimiento de una calle empedrada á manera de via romana, varios recuadros de edificios cerrados que debían ser la parte subterránea de los mismos en toda la dirección de la calle, unos pozos, el suelo de cemento de unos baños con sus cañerías para la conducción de las aguas, las ruinas de un templo con dos aras á Marte y á Júpiter respectivamente y al extremo opuesto unos cuantos sepulcros.

Además de esto, se estrajeron de los escombros

(1) Esta fosa vorax contiene los huesos de los clérigos Mecio y Lico que vivieron siempre amigos.

(2) Consagrada á los dioses manes, Modesto, Liberto de Lucio, Herennio Eudemo cuidó hacerlo para su patrono.

multitud de fragmentos de vasijas de barro fino perfectamente labradas y algunos otros objetos.

Las aras que aparecieron en el templo, eran de distinto tamaño, aunque de la misma forma. La más pequeña tenía esta inscripción:

EXVT
MARTI. (1)

La otra es un poco mayor y más difícil, por lo tanto, de transportarse, tiene la inscripción siguiente:

D. O. M.
J O V I.

Esta última piedra se encuentra aun en el mismo sitio en que se halló, más la primera ha desaparecido de pocos años á esta parte. Muchas son las monedas encontradas en el sitio de Numancia pero pocas las publicadas; porque siendo estas ruinas visitadas con frecuencia por los viajeros, estos se las han llevado como recuerdo, adquiriéndolas á altos precios. El señor Saavedra cita en su memoria cinco recogidas por él en Soria que probablemente procederán de aquellas ruinas, y diez y ocho más encontradas por él mismo al hacer sus estudios.

Yo he logrado adquirir otras seis y tener en mi mano algunas otras. Las monedas son de todas clases, celtíberas y latinas; las primeras las hay con la inscripción de Uxama, Aregrados, Segeda Ilerda y otros nombres de poblaciones desconocidas; entre las segundas, unas son de Tiberio, otras de Constantino y de otros personajes de la época del imperio.

Cerca de las ruinas ó recuadro del citado templo y del muro, empezó á levantarse por la Sociedad Econó-

(1) Voto á Marte.

mica de Amigos del País en 1842 monumento que no se concluyó, acabándose tan solo el pedestal, sobre el cual debía colocarse un obelisco. En este basamento se dejaron embebidas cuatro lápidas de marmol blanco, como para esculpir en ellas las correspondientes inscripciones. En 1845, un ilustrado y entendido humanista, el Sr. D. Juan Sainz de Arroyal, Secretario á la sazón del Gobierno de provincia, hizo una visita á las ruinas con su jefe el Gobernador D. José Fernandez Enciso y otras personas de la ciudad, y allí sobre el terreno, ante una concurrencia numerosa de vecinos del inmediato pueblo de Garray, atraída por la curiosidad que excitaron estos viajeros, improvisó las siguientes inscripciones que el maestro del pueblo escribió con lápiz sobre los mármoles por si llegaba el día de completar en esta parte la obra que la Sociedad Económica iniciara. Desgraciadamente las inscripciones no llegaron á grabarse y las letras marcadas con el lápiz se borraron con el tiempo, pero yo puedo reproducirlas aquí porque las he hallado en un opúsculo de las glorias de España publicado por el mismo señor Arroyal, y lo haré porque merecen copiarse:

Lápida 1.^a

NUMANCIA

Lápida 2.^a

EORUM VIRTUS PRÆCLARA STIRPE MANET.

Lápida 3.^a

ELISABET II REGNANTE.

Lápida 4.^a

Si Roma orgullosa, vencida Numancia,
Juzgó sepultados valor y constancia,
Los siglos al mundo su error demostraron;
Los padres murieron, los hijos quedaron.

Para terminar. La colina, vista á cierta distancia, parece una pequeña montaña de difícil acceso, y con las mejores condiciones como punto extratético. Al Oeste presenta una rápida pendiente cuyo pié baña y defiende el caudaloso Duero; al Sur está igualmente defendida por el río Merdancho y los desfiladeros de las montañas inmediatas; al Oriente y al Norte la pendiente es más suave; pero el valle que delante se extiende, conserva aún las señales de haber sido en extremo pantanoso cuando como sucedía en tiempo de los numantinos, el terreno se dedicaba exclusivamente al forrajeo. Fácilmente, pues, se concibe cómo los numantinos pudieron resistir por tanto tiempo los ejércitos sitiadores y lo difícil que fué para los romanos el dominarlos, dados los elementos imperfectos con que entonces se hacía la guerra. (1)

CAPÍTULO III.

Costumbres de los españoles.

Como las costumbres corren parejas con la instrucción de los individuos, y ésta era casi nula en la

(1) En Numancia no corresponden ciertamente los restos hallados hasta ahora con su importancia política ni con su fama, y esto hace dudar, ya que no de su verdadero sitio, de si será ó no cierto todo lo que de ella nos dicen las historias. ¿Será tal vez que en el cerro de la Muela de Garray no se han hecho más que ligeras excavaciones y que falta por descubrir aún lo principal de la población que yace enterrada? A juzgar por lo que informan los labradores que cultivan las tierras de labor á que está destinado todo aquél cerro, el perímetro de la población era mucho más extenso que lo que abarcan las excavaciones hechas en 1865 por encargo de la Real Academia, porque á mucha distancia de estas arranca con frecuencia el arado piedras sillares y se descubren cenizas, ladrillos y monedas; bien puede suceder que las excavaciones hechas hasta ahora no hayan sido suficientes, y que estén por descubrir los restos verdaderos ó principales de Numancia. A falta de una excavación bien dirigida, como la que se dispuso hacer por la Academia, suspendida apenas comenzada, suelen servir las que los vecinos de Garray ha-

época á que nos referimos en España, cuando tuvo lugar la historia de Numancia, eran groseros, sin policía ni regular crianza y educación los hábitos y usos de los españoles; sus ingenios, no de hombres, sino de fieras. Sin embargo, sabido es que la educación influye en alto grado en las costumbres de los pueblos, y por falta de ella están los ánimos sin cultivar y los talentos enterrados, á lo cual obedecía el retraso é ignorancia que en tan alto grado era común en el pueblo español, y aún mayor en las demás naciones del mundo; pues esto no obstante, se señalaban extraordinariamente en guardar secretos, sin que fuerza humana bastase á hacerlos quebrantar. La ligereza y soltura de sus cuer-

pero en busca de materiales de construcción para los nuevos edificios, pero este pueblo tiene tan corto vecindario, y las obras de construcción que en él se ejecutan son tan pocas y tan sencillas, que los constructores encuentran los materiales suficientes en las capas de roca conglomerada de las inmediaciones del cerro, sin necesidad de subir á la planicie del mismo, donde darían á cada paso con murallas, piedras ó cimientos. De manera que ni aun por este medio indirecto se ha hecho la exploración del sitio de Numancia. El arado es el único que todos los días pone al descubierto alguna que otra moneda, algún trozo de ladrillo ó teja ó alguna piedra sillar, cuando el gañan le hace penetrar un poco mas de lo ordinario para levantar el subsuelo.

Ni por las inscripciones, pues, que existen en la ermita de los Mártires de Garra, ni por las dos aras dedicadas á Marte y á Júpiter respectivamente, sencillas y sin grandes adornos, ni por los restos de murallas y edificios podemos deducir que en Numancia llegara la cultura al grado que revelan los restos de Clunia y Uxama, pero sí lo podemos conjeturar por las monedas que se encuentran á cada paso, y sobre todo por la aun no muy conocida chapa de Luzaga. Esta chapa es una preciosa joya que presentada á la Academia de la Historia, reconocida y estudiada por el sabio académico P. Fita, se consideró como un descubrimiento notable, y sacando el facsimil se publicó en el *Boletín* de la corporación, correspondiente al mes de Enero de 1882.

La medalla en cuestión fué hallada en la casa de un vecino del pueblo de Luzaga, obispado de Sigüenza, quien la usaba como pantalla de un velón, para lo cual estaba convenientemente horadada. Del estudio de su larga inscripción resultó que la chapa había sido fabricada en Numancia, y que se citaban en ella otras poblaciones indicadas como vecinas á ella, á saber: la de Lutia, Velia y Erga; citándose, por último también, la familia de los Aregorarenses, quienes eran poseedores del privilegio de acuñar moneda en Numancia, lo que es bastante para atribuir á esta población la importancia y cultura que no revelan sus monumentos.

pos era extraordinaria, y por esta circunstancia se distinguian por sus ánimos inquietos y bulliciosos.

Tributaban culto á las religiones y dioses falsos, si bien hay que tener presente que estos sucesos acaecieron antes de la venida de Jesucristo, pues despues el pueblo espoñol figura en primera línea en lo que á la religión cristiana se refiere; y aunque poseían excelentes ingenios aborrecian el estudio y las ciencias. En toda ocasion en que les fué preciso salir á otras naciones, demostraron claramente que ni en la claridad de entendimiento, ni en la excelencia de memoria, ni aun en la elocuencia envidiaban á ningún otro país. Su lenguaje en partes fué grosero, sobre todo entre los vizcainos que todavía le conservan tosco y ridículo; pero en general era elegante y hermoso.

En la Guerra no fueron astutos ni sagaces pero sí muy valientes para pelear contra sus enemigos. Usaban trajes simples y groseros, en contraposición á los excesivamente lujosos que con grave detrimento de los propios intereses se gastan en la actualidad; y su mantenimiento era abundante, aunque nada exquisito ni regalado, contrastando con el que en esta época es general á casi todas las clases de la sociedad, sin consideración á los perjuicios que por todo esto quizá sean bastantes á ocasionar la ruina de muchas casas y familias.

Entonces se hacía poco uso del vino, y constantemente bebían agua, mientras hoy se hallan los términos invertidos, y casi podemos asegurar que se abusa mucho por algunos del primer líquido: eran como si dijéramos muy templados y parcós en su alimentación, no excediéndose para nada en comer y beber.

Contra los malhechores, siempre fueron rigurosos, con los extranjeros benignos y generosos. ¡Quizá esta generosidad fuera la causa de su completa y pronta perdición, por haber dado con ella, entrada en España á varias naciones que, pareciéndoles poco para saciar su desmedida ambición, se apoderaron después de esta Península en su mayor parte!

CAPÍTULO IV.

Del principio de la guerra de Numancia.

En sus primitivos tiempos encerraba el territorio español en su seno riquezas inagotables, tesoros sin fin que le hacían ser envidiado de todas las naciones del mundo, y esta circunstancia fué causa para que se dirigiesen á España varias naciones que, prometiendo amistad y unión fraternal á los españoles, estos, llevados de la mejor fé les permitieron libre entrada, porque jamás imaginaron el deseo que aquellos tenían de explotarla. Así es, que al principio se limitaron al único y exclusivo objeto de comerciar en nuestra nación; pero más adelante, llevados de sus ambiciosas miras, varios pueblos, como los celtas, celtíberos, fenicios, griegos y cartagineses invadieron el territorio español, y como si no fuera bastante apoderarse de todas sus riquezas, sujetaron á su dominio á la mayor parte de esta Península.

Envidiosa Roma, en el año 555 de su era y 219 ántes de la venida de Jesucristo, mandó por primera vez á España á sus legiones al mando de Gneo Escipión, quedando dos años después al frente de su ejército Publio Cornelio, hermano del anterior. Ambos obtuvie-

ron muy señalados triunfos del Ejército Cartaginés; pero hasta el año 547 de Roma y 205 antes de Jesucristo, no pudo arrojar de España hasta los últimos restos de aquél ejército el famoso Públic Cornelio Escipión, hijo del anterior Publio y sobrino de Gneo. Desde aquel año quedó Roma casi dueña de España, y siguió sin interrupción tiranizando á esta nación en cuanto le fué posible, hasta que cansados los Españoles de su señorío é irritados con los continuos y enormes agravios que constantemente sufrían, levantáronse en armas contra Roma los Numantinos, gente feroz y brava, y á su ejemplo otras muchas ciudades; motivos por el cual se emprendió una larga guerra en el año 601 de Roma y 151 antes de Cristo. guerra que últimamente fué muy perjudicial para España.

La heroica ciudad de Numancia, terror de Roma, honra y gloria de España, estaba situada, según queda demostrado en los capítulos anteriores, en la última punta de la Celtiberia, que miraba hacia el Septentrion, entre los pueblo llamados Arévacos. Aun vemos hoy vestigios que indican se hallaba asentada Numancia á una legua de Soria, en donde al presente está el pueblo de Garray, no lejos del nacimiento del Duero.

Más que por pertrechos de mano era fuerte por la aspereza del sitio, pues aunque se hallaba en su collado de subida no muy agria, era difícil la entrada en la Ciudad á causa de los montes que la rodeaban por tres partes. Solamente por un lado en que existía una fresca y fértil llanura, comprendida en la ribera del rio Tera que se extiende por espacio de tres leguas hasta su confluencia con el Duero, se podía entrar en la ciudad; de suerte, que bastaba que los Numantinos defen-

dieran constantemente aquel sitió para impedir la invasión mientras los enemigos por medios más hábiles no se decidiesen á rendirla. No estaba rodeada de murallas ni fortificada de torreones, á causa de que como poseían numerosos rebaños les era así más fácil apacentarlos y extender la ciudad con caseríos y barrios que con este fin edificaron bastante separados del centro de la población. Un Alcázar era el único edificio que les servía de fuerte, y en el solian encerrar cuantos útiles, alhajas y dinero poseían ántes de entrar en batalla contra sus enemigos. Era la ciudad pequeña en sí, aunque en aquel tiempo indudablemente era plaza de mucha importancia. Hay autores que cuentan tenía cuatro mil hombres de armas, mientras otros aseguran como más probable, que podían poner ocho mil soldados en batalla. Como la mayor parte de su villa la empleaban en trabajos corporales y arriesgados, endurecían los cuerpos y hasta fortalecían los ánimos; grande era su osadía para acometer á la guerra, y no pequeña su prudencia para continuarla.

CAPÍTULO V.

Alianza pactada entre Roma y Numancia.—Sucédense nuevas alteraciones que dieron lugar más tarde á grandes daños.

Después de haber experimentado las consecuencias de algunas batallas sostenidas entre los romanos y los españoles, Sempronio Graco, Cónsul romano, en el tiempo que tuvo á su cargo la España Citerior hizo alianza ó confederación con los Numantinos y con otros pueblos comarcanos, imponiéndoles las condiciones de que no fortificasen ninguna plaza sin avisar antes al

Senado de Roma, que contribuyesen con el tributo que se les mandára y que pagasen el número de soldados y armas que aquél, con necesidad, tuviese por conveniente exigirles.

Todos aceptaron estas condiciones en principio, pero más tarde observaron graves dificultades en observarlas, concluyendo al fin por su absoluta negativa á cumplirlas. Había entre los Arévacos una ciudad llamada Segeda, de una legua en circunferencia, que encendida en deseos de emprender cosas nuevas, se confederó con otros pueblos convecinos, y pensando primeramente en fortificar sus murallas, no dejaron sucesivamente por hacer cosa alguna que fuese á propósito para defenderse y ofender siempre que alguno intentase atacar á su libertad. Bien conocían los graves inconvenientes que con estos proyectos se acarreaban, pero no quisieron desistir de sus propósitos y siguieron fortificando la ciudad. Apenas el Senado Romano fué sabedor de los trabajos en que se ocupaban los de Segeda y demás pueblos aliados, prohibió terminantemente pasar adelante en aquellas fortificaciones, mandó pagasen el tributo á que según lo pactado venian obligados, y que los que tuviesen la edad señalada para tomar las armas acudiesen á aumentar el ejército Romano. Los españoles, que no veían tan fácil el cumplimiento de las condiciones como el firmar el tratado, alegaban varios pretextos para entretener al Senado y ver de escusar el cumplimiento de lo pactado.

Esto fué suficiente para que se encendiese una larga y cruel guerra que al fin acarreó muchas desgracias, y en la cual se envolvió también Numancia, porque además de estar cercana á Segeda, tenía hecho pacto de

unir á ellas sus fuerzas y armas para oponer una firme y constante resistencia á los Romanos. Por esto, recelando prudentemente que si al principio miraban estas cosas con indiferencia podría tomar aquel mal grande incremento, determinaron tomar instantáneamente las armas.

Por aquél mismo tiempo había tambien guerra en la Lusitania entre los Romanos y un Capitán de la tierra llamado Cesaras, el cual con grandes aplausos y vivas de toda la provincia, tomó por su cuenta el restablecerla en su antigua libertad. Era sucesor de otro jefe de aquella provincia llamado Africano que poco tiempo antes se habia levantado contra los Romanos, y el cual murio al golpe de una piedra que éstos arrojaron contra él desde una ciudad que poseían y aquél pretendía rendir.

Noticioso el Senado de Roma de todas estas nuevas y más grandes alteraciones se puso en extremo cuidado, por lo que, luego que Lucio Mummio fué nombrado Pretor de la España Ulterior, determinó sujetar á los Celtíberos, gente indómita y feroz y que viniese á la Citerior uno de los Cónsules con todo el ejército necesario para tan arriesgada empresa. Y como el caso era urgentísimo y requería la mayor diligencia y actividad, mandó el Senado que los Cónsules que hasta entonces no habian venido á España hasta fines del invierno, desde aquella fecha se anticipasen dos meses, y continuasen con el mismo orden en adelante. El Consul elegido entonces para gobernar la España Citerior, fué Quinto Fulvio Nobilior, quien, como ántes queda dicho, trajo á nuestra nación un grueso número de soldados.

Comprendieron los Segedanos que el ejército de Roma se encaminaba contra ellos, pero como todavía no habían concluido de fortificar su plaza, enviaron para mayor seguridad sus mujeres é hijos á los Arévacos, y juzgando prudente nombrar un caudillo que los dirigiese en tan peligroso caso, eligieron más tarde á Caro, varón de grande experiencia en las armas. Este caudillo, queriendo probar el ardor bélico que agitaba su corazón por el gran deseo que tenía de ser útil á su patria, preparó una emboscada contra el ejército del Consul que se componía de treinta mil hombres, y no salieron vanas sus esperanzas, pues logró dar muerte á seis mil hombres del ejército romano, poniendo á los demás en precipitada huída. Después procedió Caro con el mayor desacierto, pues siguiendo á sus enemigos precipitada é irreflexivamente hasta darles alcance, fué muerto él con gran número de soldados por la caballería romana que venía en la retaguardia y que revolvió sobre ellos con impetuoso arranque. Fué dada esta memorable batalla el 29 de Agosto, día en que Roma celebraba las fiestas á Vulcano (dios del fuego) llamadas Vulcanalias.

Como esta acción se libró próxima á Numancia, se juntaron aquella misma noche los Arévacos en esta Ciudad, donde nombraron por sus Capitanes á Haraco y á Leucón en sustitución de Caro, que, como hemos dicho, había muerto en la pelea de aquel día; eligiendo los Numantinos, por su parte, á Linterón.

Grande daño recibieron ambas partes en esta batalla, de suerte que temían encontrarse; pero esto no obstante, no era de esperar por mucho tiempo la paz. Así es, que pasados tres días de aquella pelea, el

Cónsul puso su ejército á una legua de Numancia. Ya dijimos arriba que el ejército de Roma constaba de treinta mil hombres, fuerza muy superior á la de los españoles; más no era esto solo: Maxinisa, rey de Africa, le habia enviado muy poco tiempo antes diez elefantes y quinientos caballos. Todos comprendieron que el objeto del Cónsul era provocar á los Numantinos, y en efecto á los ocho días desafió á aquella Ciudad, la cual aceptó porque tenía muy vivos deseos de arrojar de su tierra hasta los últimos restos de aquella langosta que tanto mal les causaba.

Por este motivo fué preciso volver inmediatamente á la pelea, y estando ya la acción trabada, los romanos dieron paso á los elefantes y los dirigieron al ejército de Numancia. Espantados los Numantinos con la vista de aquellas fieras á que no estaban acostumbrados, huyeron precipitadamente y se refugiaron en la ciudad. El Cónsul romano quiso aprovecharse de tan buena coyuntura, y ordenó á sus soldados que siguiesen á los fugitivos y entrasen en la ciudad al mismo tiempo que ellos. Estuvo en muy poco que no consiguió el Cónsul lo que intentaba; pero la fortuna que por lo visto no estaba con él en aquella ocasión, hizo que con sus mismas armas se acarrease los desastres que ya era de esperar. Efectivamente, ya estaban los romanos cerca de las puertas de Numancia y los elefantes que llevaban entraban también en la ciudad, cuando el caudillo Numantino logró herir gravemente á un elefante con una gran piedra que le arrojó en la cabeza. Se embraveció este animal de tal modo con la fuerza del dolor, que empezó á dar fuertes alaridos, y siguiendo su ejemplo los demás elefantes, fieras peli-

grosísimas en la guerra, se volvieron impetuosamente contra los mismos romanos, y después de dar muerte á cuantos soldados se les pusieron delante, proporcionaron un gran desorden en todo el ejército del Cónsul. Aprovechando esta buena ocasión, los Numantinos que desde la ciudad observaban todo lo que sucedía, hicieron repentinamente una impetuosa salida, y si bien sufrieron dos mil bajas en sus filas, lograron que los romanos huyesen precipitadamente á su campo, con la baja de cuatro mil soldados.

Próxima á Numancia se hallaba situada una ciudad llamada Axenia, en la que habiendo mercado público en días determinados se reunían los mercaderes y vendedores de los pueblos comarcanos, y de la cual pretendió apoderarse el Cónsul de Roma ya que hubo perdido la batalla de Numancia; pero aquí le esperaba la misma suerte, porque los moradores de Axenia opusieron una firme resistencia, y rechazando enérgicamente al enemigo, le obligaron á retirarse afrentosamente, sufriendo un número considerable de bajas en su ejército.

Como que la lealtad anda siempre al paso que la fortuna, apenas se supieron estos acontecimientos, la ciudad de Ociie, confederada y depositaria de los víveres de los romanos, se hizo partidaria de los Celtíberos. ¡Cuántas veces la engañosa esperanza de libertad hace arruinar á un sinnúmero de infelices que son leales en cuanto la fortuna les favorece y faltan á su fe en el momento que aquélla se torna adversa! No fué otra cosa lo que le sucedió á la ciudad de que nos ocupamos; pues habiéndose hecho aliada de los Romanos cuando las circunstancias de los tiempos cala-

mitosos lo habían exigido, faltó á su lealtad más tarde porque vió que la suerte no siempre favorecía á los de su partido, y se hizo amiga de los Celtíberos y enemiga capital del ejército de Roma.

Con la resistencia de Axenia y la deslealtad de Ocile entró el Cónsul en graves temores, y receloso de que otras ciudades imitasen el ejemplo de estas dos, hizo cerrar con barreras su campamento cerca de Numancia y allí pasó todo el invierno, sufriendo en su tropa numerosas bajas, por la falta de vituallas y por la fuerza del frío.

Resulta á las claras de todo ésto que no había unión entonces entre los habitantes de España; pues si hubiese existido, repetidas y propicias ocasiones se les presentaban para arrojar de su patria á todos sus enemigos que tanto la tiranizaban. Acaso las circunstancias de los tiempos les impidieran obrar con denuedo y amistosa concordia; porque de otro modo, ¿qué inconvenientes veían en auxiliar á las ciudades sitiadas? ¿Cómo no reunían sus tropas y haciendo causa común Numancia, Ocile y Axenia, arrojaban por la fuerza á toda aquella peste común que tantos vejámenes les proporcionaba?

CAPÍTULO VI.

Guerra en la España Ulterior. Sabido el desastre de Fulvio Nobilior nombraron á M. Clandio Marcelo para gobernar la Citerior. Fulvio Nobilior encarece y aumenta en Roma la deslealtad de los Celtíberos. El Senado Romano intentó enviar tropas contra España, sorteando al efecto los soldados que habian de venir.

Había en este tiempo también una cruel guerra en la España Ulterior, causada por las alteraciones, robos

y asesinatos, que los Lusitanos, especialmente, cometían: guerra que después de sucesos prósperos y adversos, fué al fin muy favorable á los propósitos de Roma. En la primera pelea que el Cónsul trabó contra aquéllos á quienes trataba de rendir, experimentó las funestas consecuencias de su poca previsión; pues habiéndose arrojado impetuosa y desordenadamente sobre los Lusitanos á quienes ya había hecho huir, volvieron éstos precipitadamente sobre sus perseguidores, según órdenes de Casaras, su jefe, y después de causar diez mil bajas al ejército de Roma, se ciñeron los Lusitanos el lauro de la victoria. Los historiadores omiten el número de bajas sufridas por los vencedores pero es de juzgar sería de alguna consideración al obtener tan señalada victoria.

Orgullosos los Lusitanos por tan buena suerte, quisieron publicar inmediatamente su triunfo, y á este objeto, anduvieron recorriendo una gran parte de España, con todos los despojos que en la pelea habían cogido á sus contrarios, demostrando así su valor y su constancia. Pero ¡cuán poco tiempo les duró aquella gloria! Habiendo probado ya los Lusitanos su esforzado valor, acordaron celebrar fiestas en memoria de tan señalado triunfo, y orgullosos con su prosperidad, no pensaban que aún podían perderse, entregándose á las diversiones que celebraban en la capital. El Cónsul romano tuvo conocimiento del descuido en que los Lusitanos se encontraban, y por este motivo, deseoso de recobrar el honor perdido, y reuniendo sus tropas hasta el número de cinco mil hombres, cayó improvisadamente sobre sus enemigos y los desbarató, causándoles pérdidas considerables y dando muerte á su caudillo.

¡Choque tremendo para los Lusitanos, pero efecto todo de su descuido é imprevisión por la cual fueron arruinados!

En lugar de su difunto caudillo Cesaras nombraron á otro llamado Cauteno, el cual se apoderó de Cunistorgis, ciudad situada entre los pueblos Cunios de Andalucía y confederada con los romanos; ciudad que más tarde abandonó, dirigiéndose hácia el estrecho de Gibraltar, desde donde la mitad de su ejército se pasó al África; unos por ser naturales de aquella nación, y otros por el gran miedo que habian cobrado á los romanos. Desde entónces se desgració aquél ejército por la mala disposición de su jefe, pues los soldados que permanecieron fieles á su primitiva opinión, fueron destrozados en varias acciones que trabaron con los romanos, porque Lucio Mummio, luego que se reizo de soldados logrando reunir hasta nueve mil hombres, los persiguió sin descanso. Finalmente, para que fuese completa la desgracia de aquél desventurado ejército de la Lusitania, pasó á cuchillo el último escuadrón de él, sin dejar un solo hombre que pudiese llevar á su país tan tristes nuevas. He aquí las grandes desgracias que experimentaron los Lusitanos con la muerte de su anterior caudillo, y he aquí también la razón por que Lucio Mummio fué muy aplaudido luego que regresó á Roma después de haber desempeñado con felicidad el cargo que se le había confiado en el año 602 de aquella era y 150 ántes de Jesucristo.

Pero dejando esto á un lado por ahora, volvamos á ocuparnos de lo que sucedía en la Celtiberia, que es nuestro principal objeto. Sabido allá en Roma el desastre de Fulvio con la ciudad de Numancia, y tenien-

do concimiento de la apretura en que se hallaba, fué nombrado para el gobierno de la España Citerior el Cónsul Metelo Claudio Marcelo, quien partió para España con ocho mil hombres y quinientos caballos. Apenas llegó el nuevo Cónsul con su gente, procuró con la mayor prudencia y actividad apoderarse de la ciudad de Ocile que poco ántes habia sido traidora al Senado Romano, afiliándose al partido de los Celtíberos; para que así como habia sido la principal en la culpa fuese también la primera en el castigo. Grande fué su deslealtad; más el Cónsul romano quiso dar una prueba palpable de su indulgencia y humanidad, y no quiso destruirla, contentándose solamente con hacerle pagar en determinadas ocasiones cierto número de soldados, exigiéndole además treinta talentos de oro para los gastos.

Próxima á la ciudad de que nos hemos ocupado estaba la de Nertobriga, de la cual acudieron embajadores al Cónsul y le ofrecieron la ciudad, demostrándole que querian confederarse con él siempre que les propusiese condiciones aceptables. Por entonces sólo les impuso la condición de que contribuyesen con cien soldados de á caballo; pero más tarde, porque algunos ciudadanos á manera de salteadores de caminos acometieron al último escuadrón de los romanos, vendió el Consul los cien caballos en pública almoneda y apresó á los cien soldados que los montaban. Hecho esto puso sitio á la ciudad y comenzó á batirla.

Viendo entonces los de Nertobriga los graves inconvenientes que habia producido la mala conducta de algunos pocos de sus conciudadanos, enviaron embajadores de paz, quienes expusieron sus razones ante el caudillo romano, diciendo que el delito lo habian

cometido un corto número de sus convecinos, y por consiguiente que no era justo que por ellos toda la ciudad en general sufriese las consecuencias: que todos le pedían perdon, pesándoles muchísimo la mala acción que antes ejecutaron; que se contentase con ver sus campos talados, quemadas sus casas y sus ciudadanos vendidos como esclavos, y que tuviese presente que si no atendía las razones justamente alegadas y les quitaba totalmente la esperanza del perdon, peleando morirían.

El Cónsul conocía cuán justas eran la reflexiones que le hacían los embajadores; pero como su mayor anhelo hera pacificar en lo posible la provincia que le estaba encomendada, les contestó que era por demás inútil tratar de concierto de paz con ellos solamente, si no entraban en la misma confederación los Arévacos, los Belos y los Tithios, cuyos pueblos habían sido los primeros en promover todas aquellas alteraciones. Estos pueblos no rehusaban el hacer paces; pero querían que al verificarlo así les impusiese condiciones aceptables, como poco antes lo hizo Sempronio Graco.

Estaba ya casi decidido el Cónsul á hacer el tratado é imponerles condiciones prudentes y aceptables, cuando todos sus confederados y el ejército se opusieron diciéndole que no debía admitir á confederación á pueblos que ya anteriormente habían quebrantado los pactos. En vista de esto, no sabía el Cónsul qué resolución tomar; si hacía alianza con ello se exponía á caer en la desgracia del Senado y ejército Romano; si no la hacía los Celtíberos tomarían la venganza en lo posible y se seguirían muchos y graves daños. En semejante caso, Claudio Marcelo dió treguas á los Celtíberos y de-

más pueblos, y ordenó se enviasen por ambas partes embajadores á Roma, para que oidas por el Senado las razones que alegaban, determinase lo que tuviese por conveniente.

Fulvio Nobilior, aquel desastrado Cónsul que el año anterior no supo dirigirse ni gobernarse por cuya razón causó muchos y graves daños al Senado, ya había llegado á Roma antes que los embajadores. Allí principió á encarecer y aumentar la poca fé y lealtad de los Celtíberos, y logró que el Senado despidiese las embajadas casi sin darles audiencia, diciéndoles que acudiesen al Cónsul Marcelo y él les daría la respuesta. Esta resolución extinguía del corazón de los Celtíberos la esperanza de la paz; ella les ponía en extremo la grande é imprescindible necesidad de volver á las armas.

Para podernos convencer de que el Senado de Roma no intentaba hacer las paces, y ver por que dió tan poca audiencia á los embajadores, bástanos saber que inmediatamente trató de enviar nuevo ejército á España en ayuda del que ya tenía, todo con objeto de perseguir incesantemente á los Celtíberos. Pero, como no era extraño, los soldados de Roma temían venir á España, y como el Senado se veía en la necesidad de enviar fuerzas para fortalecer sus tropas, hizo que sortearan los soldados ya que no se prestaban voluntariamente á venir.

CAPÍTULO VII.

De lo que Marco Atilio hacía en la España Ulterior. Publio Cornelio Escipión el menor vino á España. Hácense paces con Numancia y otros pueblos.

En este tiempo seguía Marco Atilio á los Lusitanos

en la España Ulterior, logrando así que muchas ciudades se le rindiesen. Pero era ya llegado el tiempo de que este Cónsul emprendiese su partida para Roma por haber cumplido el tiempo de su cargo, y en el mismo año vino á sustituirle Sergio Galba con su lugar-teniente Publio Cornelio Escipión el menor, el cual tenía veinticuatro años de edad y era el destinado para destruir á la gran ciudad de Cartago. Tenía un vivo y ardiente deseo de hacerse célebre y ser útil á su patria, y con este fin vino voluntariamente á la guerra de España á quien tanto temían los demás soldados.

Claudio Marcelo ansiaba tambien la honra de haber concluido la guerra en la España Citerior y con doble motivo sacó lo antes posible de sus invernaderos todo su ejército. Los Celtiberos, que vieron estos movimientos trataron de prepararse para defenderse contra sus enemigos, y para ésto, Nertobriga, á cuya ciudad era de esperar se dirigiese primeramente el Cónsul, tenía dentro de sus muros cinco mil hombres dispuestos á la batalla. Numancia no se descuidó en armar su tropa, mucho más sabiendo que por ser ella cabeza principal de todas, de su suerte pendia la salud común de todos los pueblos. Como ya se ha dicho, los de Nertobriga esperaban que contra ellos dirigiese el Cónsul sus primeros pasos; pero no fué así, porque como aquél sabía que tomando la ciudad principal facilmente se le rendirian los otros pueblos, se dirigió contra Numancia y fortificó su campo á setecientos pasos de la ciudad. En aquella ocasión no quisieron trabar gruesas batallas, antes por el contrario, sabedores de la prudencia del Cónsul romano, pidieron las paces los Numantinos á instancias de Lintevón su caudillo. No fué desatendida

su demanda; pero les impuso la condición de que habían de desamparar á los Belos, á los Thitios y á los Arévacos. Dió un paso muy avanzado y ventajoso el Cónsul al imponerles esta condición, pues estos pueblos se le rindieron sin dilación, y se obligaron á entregar soldados cuando los necesitase, pagando además en el acto seiscientos talentos de plata.

Una vez concluido esto y hechas paces con los Celtíberos, partió Marcelo para Roma, quedando ya para sustituirle el Cónsul Lucullo que vino con ardientes deseos de hacer guerra y fatigar incesantemente á todos los habitantes de la provincia, cuyo gobierno le estaba encomendado. Por esta razón, y no teniendo justo pretexto en que fundarse para molestar á los Celtíberos, determinó hacerlo á los Carpetanos. El nuevo cónsul descendía de bajo linaje, y como la pobreza era para él una grave enfermedad que le imposibilitaba para ejercer bien su cargo, de codicioso se hizo avaro, y después su avaricia degeneró en crueldad. Dirigióse primeramente á la ciudad de Caucia, y si bien los habitantes de la población y soldados de la plaza salieron inmediatamente á resistir los empujes del ejército romano, fueron vencidos en breve rato, á consecuencia de que eran muchos más en número sus contrarios. Los de Caucia solicitaron y obtuvieron la paz, pero en las condiciones del tratado se obligaron á dar rehenes por entonces y cien talentos de plata, contribuyendo además anualmente con cien soldados de á caballo. Firmadas por ambas partes las condiciones de tratado, los de la ciudad se rindieron enteramente, y el Cónsul puso en la plaza la guarnición que tuvo por conveniente. Una vez adentro, hicieron, según lo habían convenido antes de

entrar, la señal con la trompeta, y pasaron á cuchillo á los infelices moradores de la infortunada población, sin perdonar á mujeres, niños ni ancianos. ¡Oh infamia y fiereza que no ejecutan los bárbaros! Amedrentados los pueblos comarcanos de la crueldad de Lucullo, y no confiando en la fortaleza de sus murallas ni en el valor de sus brazos, pegaron fuego á cuanto no pudieron llevar consigo, y se retiraron con lo demás á los montes más asperos y enriscados.

El Cónsul puso sitio despues á la ciudad de Interacia, á la cual intimó la rendición; pero sus habitantes contestaron que antes perderían sus vidas por su propia mano que entregarse á un hombre tan cruel y bárbaro como él, pues no querian sufrir las funestas consecuencias que habian experimentado sus infelices hermanos los moradores de Caucia confiados en las condiciones del tratado convenido y que tan fácilmente dejó de cumplir, consumando además el horrendo crimen de que queda hecho mérito. Irritado el Cónsul por respuesta tan atrevida, presentó la batalla á los cercados, quienes la excusaron con todo cuidado, juzgando con prudencia lo inconveniente de la pelea con quien les excedia sobremanera en número; y como quiera que se hallaba bien provista de víveres la población, no se veian en la necesidad de rendirse ni de salir á batalla. Como no tenian ni aun la mitad de soldados que el ejército contrario, se limitaron á verificar algunas salidas sin importancia ni significación,

Ya llegó un tiempo en que Lucullo y su ejército experimentaban una cruel escasez de víveres: el sustento de sus soldados era únicamente trigo y cebada cocida y alguna caza que cobraban en el terreno; pero

lo que más contribuía á que se viesen en tal peligro era la falta completa de sal, y la bebida de aguas tan delgadas como las que en la tierra habia, procedentes de sierra, y por lo mismo muy finas. Estas causas fueron suficientes á que los soldados romanos, que no estaban acostumbrados á sufrirlas, enfermasen de cámaras, y aun muchos de ellos perdiesen la vida. Al ver Lucullo la mortandad de su ejército, quizá hubiese alzado el sitio; pero entreteníalos la esperanza que poseían de apoderarse de la ciudad que tenían sitiada. Para obligarla á rendirse y abreviar en lo posible todas sus operaciones, reunieron madera é hicieron con ella una torre, en la cual, introduciéndose los soldados del Cónsul, subian á una altura mayor que la de los muros, y desde allí expugnaban á los defensores, logrando derribar por tierra una gran parte del muro. Los soldados pretendian entrar en la ciudad ya por las ruinas de la muralla, ya por las baterías, y el mismo Escipión fué el primero que subió á los muros; pero acudiendo impetuosamente los de la ciudad, les hicieron huir, no solamente de los muros sino tambien del sitio que ocupaban, y al emprender la fuga muchos de los soldados de Roma se ahogaron en una laguna que habia próxima. En aquella misma noche, aprovechándose los de Intercacia de la fuga del enemigo, levantaron diligentemente el muro derribado; pero el Cónsul volvió y puso sitio nuevamente á la ciudad. Los habitantes de ésta permanecian quietos y el Cónsul hacía lo propio. Finalmente, desprovistos los sitiados de toda clase de víveres, se vieron en la triste necesidad de entregarse por no perecer de hambre, y al efecto, entablaron demanda de paz al Cónsul tímidos de sufrir las con-

secuencias de la sin igual crueldad de Lucullo. Este tuvo necesidad de ausentarse, y aprovechando esta ocasión trataron de convenio con Escipión, varón más prudente que el Cónsul, y el cual les impuso condiciones aceptables, mandándoles contribuir con cierto número de soldados cuando el Cónsul lo necesitase. Dinero no tenían, y por ello no les fué exigido; pues sabía muy bien Escipion que como hombres montañeses que eran, solo se dedicaban á la labranza de sus campos y á la cría de sus ganados.

Una vez pacificada Intercacia se movieron los romanos en dirección á Palencia, cuya ciudad nunca pudieron rendir. Desde allí pasaron á la Lusitania, por donde anduvo únicamente Lucullo durante todo el tiempo que le restaba de su Consulado, y sin que aconteciera suceso alguno de importancia que merezca mencionarse.

Sergio Galba fué el que nombró el Senado para el gobierno de la España Ulterior, y no queriendo aparecer ocioso se dirigió á Andalucía á sujetar á los Lusitanos, que sin cesar estaban peleando contra todos los pueblos que habian hecho alianza con los romanos. Pero en una ocasión en que el ejército del Cónsul iba bastante cansado por las marchas excesivas que venia sufriendo á pesar de lo cual entró en batalla, además de los muchísimos heridos que le quedaron perdió siete mil soldados, y estas fueran causas para retirarse á Carmena, cuya ciudad era en aquel tiempo una de las más fuertes de Andalucía. Allí se vió forzado á pasar la mayor parte del invierno para rehacerse de todas las fuerzas que habia perdido, obligando á este fin á contribuir á sus aliados con cierto número de soldados.

Trascurrida la estación del invierno quiso el Cónsul tomar venganza de la grande afrenta de que habia sido objeto, y con tal fin se dirigió á la Lusitania, en donde quemó, mató y robó cuanto á su paso encontró, pues todo le parecía poco para satisfacer su ira insaciable.

Los Lusitanos, al ver la crueldad del Cónsul, y que nada era para el bastante, enviaron á su campo una embajada solicitando la paz, y prometiendo sujetarse á prudentes condiciones. Nadie se equivocará al imaginar que el pretor Galba obraba siempre con una intención más que perversa: por más que nunca la demostró tan claramente como en el triste caso de que vamos á ocuparnos. Llegada, pués, la embajada á su presencia, hizole el Cónsul un razonamiento elegante sí, porque era uno de los mejores oradores de Roma; pero iba envuelto en un mar sin fondo de ponzoña. Les hizo creer que los perdonaba, toda vez que se hallaba persuadido de que su resistencia era efecto de la necesidad: los alhagó muchísimo, sin duda para engañarlos mejor, y les dijo que quería llevarlos á un país mucho más fértil y ameno que aquél, para que pudiesen mantenerse sin necesidad de mezclarse en cuestiones como aquella, añadiendo que avisasen de su voluntad á los Lusitanos y le contestaran nuevamente si estaban dispuestos á cumplir su voluntad. Fueron los embajadores al campo en que se hallaban los soldados Lusitanos, y después de demostrarles el buen recibimiento del Cónsul, expusieron todo cuanto les había dicho. No comprendía esta gente ni capaz era nadie de comprender la dañada y perversa idea de Sergio Galba, y esta razón fué suficientemente á que volviera nuevamente su embajada diciendo al Cónsul que aceptaban

por completo su generoso ofrecimiento y que acataban en todas sus partes su voluntad. Entonces Sergio Galba les contestó que pasados cinco días fuesen á su campo divididos en tres escuadras, y serían inmediatamente conducidos al fértil país que les había prometido. Llegado el día señalado, con la más buena fé emprenden los Lusitanos la marcha conforme á las órdenes de Sergio Galba hasta que llegaron á su presencia, y aprovechando éste la ocasión los fué despojando de sus armas, y á todos, sin excepción de mujeres, niños, ni ancianos les hizo dar la muerte. ¡Atroz carnicería y traición inaudita cuya consideración estremece, y que solamente al mismo Galba era dado ejecutar tan villanamente! Concluida esta terrible y horrenda ecatombe se apoderó de los intereses de más importancia de aquellos desgraciados, con los cuales, en su desmedida avaricia y tiránica crueldad, logró ser desde entonces el más poderoso y hacendado entre los ricos romanos. Lo que él desechó, se lo apropiaron sus soldados.

CAPÍTULO VIII.

Guerra de Viriato y causas que la motivaron.—Sergio Galba, luego que el Senado romano conoció los grandes daños que había originado con su avaricia y crueldad, fué acusado de haber quebrantado la fé á los Lusitanos.

Comunmente sucede que á unos males sobrevienen otros, que al fin de un desastre suele ser principio de otra desgracia mayor, y que donde queremos poner el remedio, llevamos con frecuencia gravísimos daños. Esto es, ni más ni menos, lo que sucedió por efecto de la crueldad de Galba, porque con su villano proceder dió motivo para que se levantasen en armas con furor

sin igual todos los Lusitanos, emprendiendo otra nueva guerra mil veces más funesta que la anterior, y que produjo muy graves males al Senado Romano. A esta se le dió el nombre de guerra de Viriato. Con ella puso este noble caudillo en mil graves aprietos á los soldados de Roma, y duró por espacio de ocho años. Era Viriato Lusitano de nación, hombre de bajo suelo y linaje, que en su juventud fué pastor de ganados. En la guerra demostró claramente su destreza, empezando por ser salteador de caminos con un escuadrón de gente de su mismo talle. Muchos fueron los partidarios que se le agregaron, unos por no poder pagar lo que debían, otros por ser ladrones, las más porque estaban sumamente cansados de sufrir las consecuencias de tan largas y continuadas guerras. Luego que reunió soldados suficientes para ordenar inmediatamente un campo, principió á hacer guerra á todos los pueblos confederados con los Romanos. Este valiente caudillo consiguió lo que es muy difícil, pues á pesar de componerse su ejército de gente indómita y calavera, si cabe la expresión, perteneciente á naciones diversas que á la sazón pululaban por esta desgraciada España, jamás hubo entre sus soldados sedición alguna que en lo más mínimo faltase al orden ni al respeto.

Como Sergio Galba cumplió el tiempo de su gobierno, partió inmediatamente para Roma, y vino á sustituirle el Cónsul Marco Vitilio, año 604 de Roma y 148 ántes de Cristo, el cual puso todo su cuidado en perseguir á Viriato para ver si podia librarse de aquél temible enemigo; más el noble Viriato, dejando la Lusitania se pasó al estrecho de Gibraltar, en donde se entretenía con su gente en montes ásperos, fuertes y de

difícil entrada, ya para acostumbrar á sus soldados á sufrir las incomodidades de las estaciones y la escabrosidad de los terrenos, ya para engañar mejor al enemigo, pues con semejante conducta le daba á entender que rehuía de la pelea, aparentando un temor en el que estaba muy léjos de pensar siquiera.

El Cónsul Vitilio, que tantos deseos manifestó al principio de querer convatir, se vió precisado á ir en persecución de Viriato y poner sitio á los Lusitanos, logrando reducirlos al extremo de pasar una horrible hambre, de suerte que, acosados por ella, faltó poco para verse obligados á solicitar la paz; más habiendo observado Viriato el desaliento de sus soldados, quiso hacerles desistir de aquella idea, como lo consiguió, mediante el siguiente razonamiento. ¿Cuál es vuestro temor guerreros, cuando á la primera ocasión intentais entregaros á los Romanos? ¿Desconfiais de vuestro Caudillo, ú os considerais con pocas fuerzas para pelear con el ejército de Vitilio? ¿Desconocéis acaso la perfidia de esos malvados y la ponzoña que abrigan en su corazón? ¿No valiera más morir peleando que entregarse á unos hombres que no tienen de tales más que la apariencia, pués sus sentimientos son contrarios á los más triviales conocimientos de humanidad? ¿No estáis en antecedentes de la reciente crueldad y horrible traición de Sergio Galba para con los Lusitanos? ¿No sería una locura dejarnos engañar de buenas palabras? ¿No os será muy provechoso seguirme á mí que soy vuestro caudillo, y me hallo decidido á llevar á cabo á todo trance la obra comenzada? ¿Qué dirá el mundo cuando llegue á saber que al primer encuentro hemos sido vencidos por las tropas romanas?

¿No sabéis que la soberbia Roma ha de proclamar á todo el orbe nuestra cobardía si no nos resistimos hasta morir?

Ved aquí cómo con estas reflexiones logró Viriato cambiar completamente la opinión de sus soldados, y cómo éstos prometieron á su jefe ántes perder su existencia que entregarse á los romanos. Obedeciendo entonces á su caudillo, dieron á entender á sus contrarios estaban resueltos á pelear, y á este fin, pusieron la caballería por frente, refugiándose la infantería en los montes más cercanos. Cuando se acercaban ya las tropas de Vitilio huyó repentinamente la caballería de Viriato, y dejó frustradas las esperanzas de los contrarios; después se reunió toda la fuerza y se fueron en dirección á Tribola donde pensaba Viriato entretenerse algún tiempo. Acudieron á aquella ciudad los romanos como era natural, en la persuasión de que los contrarios rehusaban el combate, y cuando ya estaban cerca de las fuerzas enemigas, cayó el Cónsul Marco Vitilio en una emboscada preparada por aquellos, y juntamente con él cuatro mil soldados. Al ver semejante mortandad retrocedió impetuosamente todo el ejército, refugiándose en Tarifa. Desde ella ordenaron los romanos á los Celtíberos, sus aliados, contribuyesen con los soldados que tenían pactado, todo con el fin de reparar en lo posible las fuerzas que con tan inesperada catástrofe habían perdido.

Para sustituir á Marco Vitilio nombró el Senado al Cónsul Cayo Plancio, año 605 de Roma, 147 antes de Jesucristo. Cuando llegó el nuevo Cónsul á España se ocupaba Viriato en recorrer los campos de los Turdetanos y los de los Carpetanos. Salieron los romanos á

su encuentro; pero Viriato ordenó la retirada en e momento en que precisamente se aproximaban os contrarios. Estos los siguieron desesperadamente y Viriato entonces mandó volver con gran ímpetu sobre ellos, y pasó á cuchillo á cuatro mil que se habian adelantadó. Fué ésto una grande afrenta para el Senado Romano, y con doble motivo, aunque no tenía esperanzas de ganar victoria alguna, ordenó el Cónsul á sus fuerzas emprendiesen la marcha contra el enemigo, y llegando hasta el monte de Venus, pasado el Tajo, Viriato se hizo fuerte. A pesar de la resistencia de éste, el Cónsul no podia menos de entrar á batalla, y una vez travada, el ejército romano sufrió la baja de cuatro mil soldados. Con tan fatal resultado, quedó extremadamente medroso Cayo Planció, en tal grado, que en la estación primaveral se estuvo en las ciudades y plazas más fuertes de aquella tierra, porque tenía mayor confianza en las murallas que en sus fuerzas. Una de las más antiguas inscripciones de los romanos que hay en un sepulcro cerca de Évora, acredita con seguridad que esta última batalla se dió cerca de aquella ciudad.

El Senado Romano, cuyo orgullo y soberbia no le permitían conocer sus gravísimas faltas, viendo los graves daños que se siguieron á la crueldad de Galba, reprendió ásperamente al Consul recién llegado, haciéndole cargo de todos los daños que se experimentaban. ¿Cuánto apostamos queridos lectores, que si el Senado no se hubiese visto en tan grande afrenta, hubiese alayado el inicuo proceder del pretor Galba? Ahí teneis una prueba palpable de su perfidia y de su iniqua soberbia. Más á pesar de los graves cargos que el

Senado hizo al Cónsul, libró felizmente, porque los muchísimos intereses robados en España era en Roma el mayor hacendado.

Llegado ya el tiempo de que Cayo Plancio volviese á Roma, fué nombrado para sustituirle el Cónsul Claudio Unímáno en el año 606 de Roma y 146 antes de Jesucristo. Este peleó varias veces con el ejército Lusitano; pero logró unicamente perder la vida juntamente con muchos de sus soldados. Dió la última batalla en el Campo de Ourique (Portugal), como lo indica una inscripción que existe en término de dicha población.

Al siguiente año, Cayo Nigido, vino en lugar del difunto Cónsul á pelear contra Viriato, y muy cerca de la ciudad de Viseo, experimentó grandes pérdidas: allí murió Lucio Emilio, uno de los mejores capitanes del ejército romano. En el mismo año Publio Cornelio Escipión destruyó la gran ciudad de Cartago, (607 de Roma y 145 antes de Cristo).

Entonces vino también á España el Cónsul Lelio el Sabio, y fué el primero que logró quebrantar las fuerzas y ferocidad de Viriato, tanto porque contaba con un número mucho mayor de soldados, cuanto por la destreza, prudencia y grande experiencia que tenía sobre las armas.

Contábase ya el año 609 de Roma y 143 ántes de Jesucristo, y vino á la España Ulterior Quinto Fabio Máximo Emiliano, hermano de Escipión, y juntamente con él quince mil infantes y dos mil caballos. Desembarcaron en Cádiz y dirigiéndose á Orsuna, permanecieron allí algún tiempo los soldados, y su caudillo volvió nuevamente á Cádiz, y ofreció á Hércules sus

sacrificios. Viriato, por el contrario, avisado de las precauciones que los Romanos habían tomado contra él, salió á su encuentro improvisadamente, y dió muerte á los leñadores y forrajeros de sus enemigos y á todos los soldados que llevaban de guardia. Apenas volvió de Cádiz el Cónsul, mandó salir en persecución de Viriato, pero su objeto era únicamente trabar pequeñas peleas, para probar de este modo cuál de ambas partes podría alcanzar la victoria. Pero esto duró solo pocos días, pues al fin se vió precisado á entrar en batalla contra Viriato, y logró causarle algunas bajas y poner en fuga todo su ejército. Despues Máximo Emiliano se retiró con su ejército á Córdoba, y allí pasó todo el invierno; no así Viriato, que acostumbrado á sufrir las inclemencias del tiempo y las escabrosidades de todos los terrenos, se introdujo con sus tropas por montes ásperos y enriscados, donde no todos podían penetrar con facilidad. Viriato pidió desde allí socorros á los Arévacos, á los Belos y á los Tihitios y les instó á tomar las armas en defensa de la patria cuya libertad se había perdido, y la cual había él comenzado á reconquistar con gran esfuerzo.

CAPÍTULO IX.

Quinto Cecilio Metelo rindió á los Celtíberos.—Quinto Fabio Servilio vino á la España Ulterior.—Viriato ganó memorables batallas, y logró que los romanos intentasen rendírsele y tratasen de hacer convenio con él.—Qué resultas tuvo la confederación hecha por los romanos.

Era el año 610 de Roma, 142 ántes de Cristo, cuando cupo en suerte venir á las Españas á los Cónsules Servilio Sulpicio Galba y Lúcio Aulerio Cota. Pero ántes de emprender su viaje, para evitar cuestiones de-

terminó el Senado tomar parecer de las personas más ilustradas de Roma sobre cuál de los dos debía elegirse para el gobierno de España. Era Éscipion uno de los mejores políticos de aquella época, y consultado por el Senado acerca de los referidos cónsules, respondió: Ninguno es capaz de desempeñar debidamente su cargo: el uno no tiene nada, y al otro nada le basta. Soy de parecer que no debe confiarse á ninguno de ellos la grande empresa de gobernar la Espana, pues todos sabemos que la pobreza pone al hombre en la extrema necesidad de hacer agravios, y la avaricia trae siempre consigo voluntad determinada de hacer mal. Yo respetaré gustoso la opinión del Senado; pero sin embargo, no puedo ménos de decir que tengo por muy graves inconvenientes para los gobernantes la pobreza y la avaricia. El Senado oyó atentamente las prudentes reflexiones de Escipión, y determinó nombrar, como lo hizo, al Cónsul Popilio. Refiérese de éste, que ganó muchas ciudades que estaban aliadas con Viriato, según el autor Plinio, sin que pueda concederse entero crédito á este aserto.

Al siguiente año, y después que Popilio cumplió el tiempo de su gobierno, se marchó á Roma, viniendo á ocupar su lugar el Cónsul Quinto Favio Servilio.

En el mismo año fué nombrado para la España Citerior el pretor Quinto Cecilio Metelo, y tan pronto como llegó comenzó á sosegar las alteraciones de los Celtíberos que por diligencia de Viriato principiaban á levantarse en armas. Trajo á España á su venida diez y ocho mil infantes y quinientos caballos que el rey Micipisa, hijo de Masiniša le envió desde Africa. El nuevo Cónsul, apoderándose de las ciudades de Verso-

briga, Centobriga y Contrebia, juntamente con los demás pueblos que se habian alborotado, logró pacificar completamente á los Celtíberes. Era Metelo reservado en extremo como lo dió á entender palpablemente en ocasión en que yendo á sitiarse la ciudad de Contrebia, y llevando su ejército por diversos lugares sin orden ni concierto al parecer fué preguntado por un capitán muy amigo suyo sobre lo desordenadamente que caminaban. El Cónsul, que además de su reserva, guardaba mucha prudencia, le respondió: Quemaría yo mi camisa si supiera que en mis secretos tenía parte. He aquí una prueba palpable de su discreción y prudencia; á pesar de la cual, como hombre mortal y sujeto á errores, no siempre se condujo del mismo modo, pues al fin de su consulado observó una conducta reprehensible por todos conceptos, que después acarreó gravísimos daños á los soldados romanos. Fué el caso que apenas supo que el Senado habia nombrado para sucederle en el mando al cónsul Quinto Pompeyo por haber cumplido aquél el tiempo de su gobierno, envidioso de que el nuevo Cónsul concluyese la guerra Celtíbera, dió licencia á muchos de sus soldados con el fin de enflaquecerle las tropas; y no contento con esto, descuidó además la provisión de los graneros públicos y quitando en parte el sustento á los elefantes logró enflaquecer á muchos y proporcionar la muerte á los demás. Verdad es que Cecilio Metelo procedió muy injustamente; pero debemos entender que si lo hizo así fué por vengarse en cierto modo de la poca consideración que se le guardaba y de lo poco que se le agradecian los benéficos y aun relevantes servicios que al Senado habia prestado. ¡Cuánto pue-

de muchas veces en los grandes ingenios la envidia y la indignación! Pero ¿quién en el mundo tiene todas sus pasiones arrendadas? Por lo demás, es opinión probable que el desorden de este Cónsul fué causa de que en Roma no le otorgasen el título y el tiempo á que por sus servicios se habia hecho acreedor.

El año 615 de Roma, 159 antes de Jesucristo, fué nombrado como ya dijimos antes, para la España Citerior el Cónsul Quinto Pompeyo Servilio, por orden del Senado, continuó su gobierno en la España Ulterior, donde recibió en su gracia á Canova, capitán de salteadores, que se le entregó. Viriato por la actividad del Cónsul se vió en la precisión de huir y alzar el sitio que tenía puesto á la ciudad de Vacía, aliada de los romanos, y de esto resultó que muchos pueblos se rindieron al Cónsul Servilio, temerosos de que Viriato perdiese la empresa que con tanto empeño venía llevando á cabo. Reunía Servilio una gran diligencia á una severidad y castigos extremados, y prueba de ello dió cuando mandó que todos los compañeros de Canova, juntamente con quinientos soldados que cogieron después de haber desertado de sus filas sufriesen la amputación de los brazos derechos, castigo excesivamente bárbaro.

Con esto logró Servilio que los naturales del país promovieran nuevas alteraciones y fatigasen más sus tropas. La ciudad de Erisana permanecía en la amistad de Viriato, y aprovechando el Cónsul la ocasión de encontrar aquella plaza sin guarnición alguna, se apoderó de ella. Pero sabedor Viriato de este suceso, á marchas forzadas hizo que fuese su tropa en auxilio de ella, y una noche, sin ser visto ni oído se introdujo en

la plaza y á la mañana siguiente cogió de improviso á los soldados romanos, les causó grandes bajas y les obligó á fugarse de la población. Los fugitivos fueron á acogerse á una plaza muy insignificante, donde hubieran perecido si Viriato se hubiese empeñado tenazmente en perseguirlos más.

Como con esta acción quedó tan maltratado el ejército romano, Viriato movió tratos de paz con el fin de hacerlos ventajosos para él que era el vencedor. Púsose la condición de que los romanos habian de entregar muy en breve á Viriato todo cuanto á sus aliados les habian robado, y á no haber sido por ésto, hubiera perecido seguramente la mayor parte del ejército del Cónsul, pues Viriato estaba dispuesto á cargar furiosamente sobre aquellos soldados entonces tan débiles, y seguramente les hubiese derrotado. Pero allá en Roma no le pareció conveniente al Senado aprobar aquel convenio por ser para él una afrenta muy grande, encarecida en alto grado por Quinto Servilio Cepión que fué enviado de España por embajador de su hermano, Cónsul en aquella ocasión. Fué tal la villana adulación del embajador, que con ella se ganó la voluntad del Senado y logró que le nombrase Cónsul en puesto de su hermano el año 614 de Roma y 158 antes de Jesucristo. Al tiempo de su partida para España recibió el nuevo Cónsul la orden de romper lo más pronto posible el concierto hecho con Viriato como indigno y vergonzoso para la soberbia Roma, alegando que Quinto Favio Servilio otorgó escritura sin autoridad para ello. Ved aquí, lectores, la perfidia del Senado Romano y la poca fé y lealtad que observaba con sus contrarios cuando por éstos eran vencidos.

CAPÍTULO X.

Viriato fatigó en extremo al ejército romano todavía algún tiempo, hasta que viendo los enemigos la impotencia de sus armas trataron de asesinarle á traición, valiéndose de la embajada que Viriato envió al campamento del Cónsul, para tratar de poner en ejecución su horrendo crimen.

Ya dijimos no hace mucho que para el gobierno de la España Citerior fué nombrado el Cónsul Quinto Pompeyo, el cual desempeñó su cargo por espacio de dos años, pero como quiera que Metelo le debilitó todo el ejército no pudo hacer ningún servicio señalado á su República: además que por estar la España Citerior en una paz y calma completa, ni se le ofrecia ocasión de alteraciones, ni de emprender grandes hechos.

Todo lo contrario sucedia en la España Ulterior, en la que Viriato no cesaba de fatigar á los pueblos confederados con Roma; pero el Cónsul Servilio Cepión puso cerca de la ciudad de Arsa á Viriato en huida. Siguióle después hasta la Carpetania, donde con cierto ardid de guerra se le escapó de las manos. Se dió á entender que deseaba la batalla, y á este fin puso en orden sus tropas y la caballería por frente: y mientras los romanos se preparaban para la pelea, hizo que su infantería se retirase á los bosques que caian muy cercanos. Cuando se aproximaban los Romanos dió la señal para que la caballería hiciese también la retirada, dejando de este modo frustradas las esperanzas del Cónsul. Este viendo que era imposible pelear con enemigo tan astuto, se encaminó con su ejército hácia los pueblos Vettonos, dirigiéndose mas tarde á Galicia, á fin de paci-

fiacar aquellos pueblos en los cuales se sucedían con inusitada frecuencia multitud de robos y asesinatos.

Cansado Viriato de guerra tan prolongada, dijo así mismo: Me es muy conveniente tratar de hacer paces: poca cuenta me traerá la confianza en mis compañeros, y recelo que el día menos pensado han de intentar comprar con mi cabeza su libertad. Como si se lo hubieran dicho le sucedió á Viriato lo que él imaginaba. Envió al Cónsul tres embajadores, con la misión de solicitar las paces. Eran tres indignos oficiales de aquél héroe Aulaco, Ditalco y Miminuro, los cuales, fueron recibidos por el Cónsul con una cortesía y urbanidad inesperada; tan pronto como llegaron los regaló muchos dones, bizoles generosos ofrecimientos, y les prometió recompensarlos abundantemente si á la primera ocasión que encontrasen descuidado á su caudillo le daban la muerte. Estos miserables y ambiciosos oficiales quebrantaron la lealtad que debían á su jefe, y con la mayor facilidad aceptaron la inícuca proposición que el Cónsul romano acababa de hacerles.

Para encubrir mejor la traición concertada se despidieron públicamente del Cónsul, demostrando así su ansiedad para obtener la paz solicitada. Viriato descansaba confiado en la buena fé de sus embajadores, y la misma confianza facilitó á aquellos traidores la ejecución de sus iníquos y criminales proyectos. Así es que una noche, en hora en que el héroe Viriato estaba descansando penetraron en su aposento y ¡oh maldad inícuca y traición horrenda! en su mismo lecho le coisieron á puñaladas, ¿Cómo tendrán valor para cometer acción tan villana con su querido caudillo que muchas veces les había librado de una muerte cierta y

segura? ¿Cómo osarian quitar la vida al noble Viriato, el cual tan hábilmente logró conducirlos á ocupar el alto puesto que en su ejército desempeñaban? ¡Oh! El noble y prudente Viriato, muerto alevosamente por aquellos que no merecían siquiera ser el último soldado en las banderas del caudillo lusitano! ¿No era digno de mejor suerte aquel héroe cuyo magnánimo corazón había triunfado valerosamente del ejército romano?

Aunque al principio del capítulo octavo decimos que Viriato descendía de bajo suelo y linaje, debemos indicar aquí, que esto no obstante, poseía una prudencia sin igual y una habilidad envidiable para desempeñar el elevado cargo que él espontáneamente habia elegido. No le quebrantaron ni affigieron las desgracias ni las adversidades, así como tampoco se ensoberbeció por la grande fortuna y prosperidad con que fué tan asistido durante la guerra: y ¡ved cómo, el libertador, puede decirse, de la nación española, pereció al fin por traición de sus mismos soldados! Mas no se crea que Viriato acometió al imperio romano al principio de su poder, no: Viriato peleó contra él cuando aquél se hallaba en su mayor lucimiento, fuerza y vigor; cuando más triunfos alcanzaban sus armas, y cuando todavía no reinaban entre los romanos los vicios que al fin derribaron por completo el poderío de Roma.

A las veinticuatro horas de su muerte, dieron sepultura al cadáver del infortunado caudillo, que fué acompañado de todos sus soldados, quienes lloraron amargamente tan irreparable pérdida.

Los alevosos y traidores Oficiales partieron para Roma á pedir las recompensas que el Cónsul les habia prometido; pero el Senado Romano, que solo queria

pagarles con buenas palabras, les dijo: Por contentos podeis daros, si os respetamos la vida. Retiráos infames: ¿no os avergonzais al pedir recompensa por haber dado muerte á vuestro propio caudillo? ¿Ignorabais que el Senado Romano no está dispuesto á premiar infidelidades como la vuestra? Ahora bien, ¿hubiera obrado mal el Senado Romano dándoles muerte indefensa como ellos hicieron antes con su propio jefe? Merecido tenían semejante castigo, y hubiera habido motivo para decir que el Senado había procedido rectamente en cierto modo, como justa pena á su horrendo delito. Ejemplos innumerables nos ofrecen las historias que nos demuestran el ódio con que todos los traidores son mirados, hasta por aquellos mismos á quienes han servido.

Muerto Viriato, el ejército lusitano quedó bajo la dirección de Tántalo, hombre mucho menos aventajado en autoridad, esfuerzo y prudencia que el difunto Caudillo. Por eso no es de extrañar que se entregase á la voluntad del Cónsul juntamente con todo su ejército, al poco tiempo de haber sido elevado al alto puesto que en él ocupaba. Entónces los Romanos quitaron las armas á todos los soldados y paisanos que habitaban en la España Ulterior, y les obligaron á establecerse en territorios á propósito para la labranza, á fin de que ocupados en ella perdiesen la lozanía y la inclinación á alborotarse, y careciesen de fuerzas aunque tuviesen voluntad de hacerlo.

CAPÍTULO XI.

Como se encendió nuevamente la guerra de Numancia. El Senado romano quebranta completamente y hace nulo el convenio pactado entre el Cónsul y los Numantinos.

Ya se contaba el año 614 de Roma, como dejamos indicado, cuando á consecuencia de la traición hecha con el caudillo Viriato se encendió una guerra mucho más cruel que las anteriores. Los principales alborotadores fueron los Numantinos, porque estaban irritados sobre manera con las crueldades, injusticias y traiciones que los romanos contra los españoles ejercitaban. Dijimos arriba que Metelo había logrado pacificar á los Celtiberos y sujetarlos al imperio de la poderosa Roma, imponiéndoles obligaciones de pagar tributos, es decir, de contribuir con gente cuando el Senado la pidiese, dando además ciertas cantidades en dinero para gastos de la guerra.

Únicamente los Numantinos y los Termestinos quedaron exentos de contribuir, como constaba de las condiciones de la capitulación. Pero Quinto Pompeyo que no ganaba honores ni grados estando sosegada su provincia, dió motivo para que se alborotase, poniendo como único pretexto para entablar la guerra el hecho de que los Numantinos habian ayudado anteriormente á Viriato y á los Segedanos. De todo esto resulta que Numancia no habia cometido delito alguno, pues hizo muy bien en ayudar á sus confederados y cumplir así lo que tenía tratado. Esto no obstante, como no querian producirse á sí propios perjuicio alguno, ni tampoco causarlo á nadie, enviaron embajadores á Pompeyo para disculparse y proponerle la paz, los

cuales fueron por el Cónsul despachados con grande afrenta y ultraje. Fué un imbécil el Cónsul romano al juzgar que los Numantinos en el mero hecho de solicitar la paz se consideraban incompetentes para defenderse. ¡Vana esperanza!

En vista de todo esto, dejaron aislados á los Segedanos y volvieron á pedir á Pompeyo les admitiese la demanda. El Cónsul les contestó que no se haría convenio sin que antes entregasen las armas. Y ¿cómo iban á exponerse los Numantinos teniendo presente la reciente infelicidad de Caucia y la completa deslealtad de sus enemigos? Entonces conocieron el yerro tan grande que habian hecho con enviar sus embajadas al Cónsul; pero como ya era cosa pasada y por lo tanto irremediable, no tuvieron otra salida que la de tomar las armas para defender con ellas la libertad que el cruel Pompeyo trataba de arrebatárles. Con este fin, hicieron levas de gente, logrando reunir ocho mil infantes y dos mil caballos, pequeño número comparativamente con el de los contrarios, pero grande en valor y esfuerzo, y muy capaz é instruido para recibir y sufrir los reveses de la fortuna. Estos valientes varones, siguiendo el consejo del Senado Numantino, eligieron á Megara por caudillo, varon prudente, esforzado, y de experimentada habilidad en las armas. Pompeyo se aproximó á Numancia, y asentando allí su campamento compuesto de treinta mil infantes y dos mil caballos, intimó la rendición á los de la ciudad. Eso mismo estaban deseando los Numantinos, que irritados en sumo grado, solo anhelaban salir á pelear con los Romanos; contentándose al pronto con hacer correrías y salidas en las que mataban á todos los desmandados, y

practicando tales operaciones solo con el fin de probar la destreza y valor de sus contrarios. Hasta que tuvieron bien probados á sus enemigos, no se decidieron á pelear, y si alguna vez el Cónsul movía contra ellos su estandarte, huían á la ciudad, lo cual les era facilísimo por el grande conocimiento del territorio donde operaban.

Llegó el Cónsul á conocer al fin la idea de los Numantinos, y considerando que si seguian observando la misma conducta que hasta entonces habian observado, no tendrían efecto sus proyectos, dejó á Numancia libre por entonces, dirigiéndose á poner sitio á la ciudad de Termancia de la cual fué rechazado enérgicamente, sufriendo antes un número considerable de bajas, pues en tres salidas que los sitiados hicieron en un dia, le obligaron á levantar el cerco y huir á unos montes ásperos y fuertes que habia próximos, desde los cuales se despeñaron por la noche muchos soldados romanos cayendo á unos barrancos profundos que ellos no conocían.

De resultas de tan funesto acontecimiento, cobraron tanto miedo que aquella noche no dejaron las armas; mas al siguiente día volvieron segunda vez al combate, dudoso al fin, pues no pudo declararse la victoria á favor de ninguna de las partes, hasta que sobreviniendo la noche Pompeyo se trasladó á la ciudad de Manlia, que se le rindió muy pronto, pues aunque tenía guarnición de Numantinos, era muy escaso su número, comparándole con el de los contrarios. Conseguida esta victoria se dirigió en seguida contra los Terrestinos, que estando muy cansados por los graves encuentros que habian tenido, se le rindieron tambien.

Unicamente faltaban los Numantinos, los cuales fueron sitiados muy en breve; y porque á Pompeyo se le figuraba prolongarse demasiado el cerco, intentó sacar de madre el rio Duero, para que no entrasen provisiones á la plaza; pero no consiguió su objeto, porque los Numantinos salieron impetuosamente de la ciudad, y despues de maltratar á muchos de los contrarios, con especialidad á los que se ocupaban en tales trabajos, dieron muerte á un tribuno y á todos sus soldados que iban de guardia con los forrajeros y los que traian las vituallas para el ejército romano. Espantado Pompeyo con tantas pérdidas, no permitió que sus tropas saliesen del campamento durante todo el invierno. Tal detención fué suficiente para que se desarrollasen en su campo muchas enfermedades, porque sus soldados no estaban acostumbrados á sufrir las inclemencias del tiempo, y mucho menos á permanecer encerrados tantos dias. Además de los que fallecían de las enfermedades, morian otros muchos á manos de los Numantinos, que con repentinas é impetuosas salidas los cogían descuidados. Por esto, tan pronto se concluyó el invierno, dió orden el Cónsul de que sus soldados fuesen repartidos entre las ciudades sus aliadas comarcanas á Numancia, desistiendo por entonces de su propósito y dejando libre esta ciudad.

Corria ya el año 615 de Roma y 137 antes de Cristo, cuando fué nombrado para sustituir á Pompeyo el Cónsul Marco Popilio Lenate. Pesaroso Pompeyo por no haber podido hacer otras cosas memorables ni servicios señalados á su república, trató de hacer paces con los Numantinos, como lo verificó en el verano mientras Popilio Lenate llegaba á España. Y más que todo hizo

el convenio, ya porque en Roma no le echasen en cara su mal gobierno ya también por quitar á su sucesor la gloria de concluir la guerra. Los Numantinos también convinieron en hacer paces, porque se cansaban ya de sufrir las consecuencias de una guerra tan prolongada.

Como Pompeyo fué el que pidió las paces, las condiciones eran todas en afrenta del Senado Romano, y á trueque de no firmar el tratado, se fingió enfermo, sin estarlo en realidad. Para el público constaba que los Numantinos eran penados en cien talentos de plata, pero autores graves afirman que todo aquello fué una ficción inventada á fin de conservar el crédito y autoridad del imperio romano. Es lo cierto que con la venida del Cónsul Popilio, se trató de aquella confederación. Pompeyo decía que él no había hecho tales condiciones: los Numantinos probaban que sí hasta la evidencia, pues hasta sus adversarios lo declaraban; y en semejante caso, no sabiendo á quien entender, ó mejor dicho, no queriendo dar la razón á los Numantinos, la razón que les asistía, mandó el nuevo Cónsul que fueran embajadores de ambas partes á Roma; pero el Senado, que en su insaciable orgullo quería para sí la mejor parte, no tuvo por conveniente aprobar aquel tratado, y si bien entre ellos mismos existía diversidad de opiniones, permaneció, sin embargo, la que mandaba hacer de nuevo la guerra contra Numancia.

CAPÍTULO XII.

Cayo Hostilio Maucino, sucesor de Popilio, hizo confederación con los Numantinos. Qué determinó el Senado acerca de ella.

Mientras los embajadores venían de Roma, Popilio

acometió á los Lusones; pero en un encuentro que tuvo con los Numantinos, fué vencido y se vió precisado á huir por no exponerse á dejarse allí la mitad de su ejército en el año 616 de Roma, 156 antes de Cristo. En la España Ulterior, para cuyo gobierno fué nombrado el Cónsul Decio Bruto, los soldados de Viriato edificaron y poblaron la ciudad de Valencia de Miño, según opinión probable, y en 617 de Roma, 155 antes de Cristo alargaron á Decio Bruto el gobierno de su provincia.

En el mismo año vino al gobierno de la España Citerior el Cónsul Cayo Hostilio Maucino, y apenas llegó puso sitio á Numancia como le fué ordenado; pero como quiera que el nuevo Cónsul no vino de buena gana á España, no pudo progresar á favor de su república, antes por el contratrio, fué vencido muchas veces en batalla. Desanimado y medroso estaba el Cónsul con estos funestos acontecimientos, así es, que habiendo oido decir en una ocasion que venían en socorro de Numancia los Vaceos y los Cántabros, no solo no se atrevió á atajarles el paso, sino que sin esperar á que llegaran, hizo una retirada nocturna y fué á establecerse en un punto donde todo estaba tranquilo. No dicen los autores en qué parte de España acampó esta vez el Cónsul, solo indican que debió ser donde años pasados Fulvio Nobilior tuvo sus alojamientos. Los Numantinos, ocupados en celebrar fiestas por las grandes victorias conseguidas, no estaban apercebidos de la fuga de los romanos, hasta que lo aprendieron por los medios extraños de que vamos á ocuparnos. Había en la ciudad una hermosa y rica dama llamada Elida. Su padre, nombrado Aluro, era

muy estimado en la población, no solo por los cuantiosos intereses que poseía, sino también por el ingenio y prudencia que le distinguían: era el principal del Consejo Numantino, y su opinión muy respetada por los ciudadanos. No hablaremos de la esposa de Aluro, porque murió siendo aun muy niña la bella Elida, el ángel humano de aquella ciudad. Se apasionaron ciegameute por la bella joven dos hermosos mancebos de aquella población, llamados Marceo el uno y Oriación el otro, ambos de elevado y distinguido linaje y merecedores por todos conceptos de la prenda que era el objeto de su amor. Ambos amaban á Elida con indecible cariño; ambos hubieran sacrificado su vida por ella; pero era imposible partir para ambos la inestimable joya objeto de su cariño, y conociendo Aluro las dificultades que se le habían de presentar al tratar de elegir esposo para su hija, propuso á los dos jóvenes un caso tan grave, que no pudo menos de engendrar multitud de remordimientos en su conciencia cuando vió que se decidieron á realizarlo. Una mañana, conociendo el amor tan decidido que ambos profesaban á su querida Elida, los llamó y les dijo: Para evitar debates entre vosotos, bellos jóvenes, acerca de quién es más acreedor á la mano de la prenda que más estimo sobre la tierra, se me ha ocurrido pongais en ejecución el proyecto que tengo en el pensamiento. Vivo en la persuasión de que lo haréis sin dilación, no obstante lo arriesgado de la empresa. Pues bien, aquél de vosotros dos que yendo al campamento enemigo, vuelva á la ciudad con la mano derecha de un soldado romano, aquél será el esposo digno de mi hija. Salieron de la ciudad los dos jóvenes sin considerar el peligro tan inminente que corrían al

poner en ejecución tan arriesgado proyecto; y ¡cuál fué su sorpresa al ver que los enemigos habían huido dejando desierto su campamento! A pasos ajitados volvieron á Numancia á dar parte de lo sucedido. Los historiadores nada nos dicen de lo que después hicieron esto dos amantes, aunque no falten opiniones de que debieron posteriormente gravísimos daños á Numancia: quizá el tiempo como testigo imparcial se encargue de aclarar lo que con certeza resulte sobre este particular. A nosotros sólo nos toca decir que apenas los Numantinos oyeron estas nuevas salieron en persecución de los enemigos y por las huellas lograron darles alcance antes de ordenar en debida forma su campamento. Aprovechando los de Numancia tan buena ocasión sitiaron á los que poco antes habían sido los sitiadores. ¡Cambio notable, pero certísimo!

Viéndose el Cónsul sitiado se aterró extremadamente, y perdida completamente la esperanza de poder escapar de las manos de los Numantinos que con tanto furor los perseguían, entabló demanda de paz, poniendo como principal condición que los Numantinos habían de quedar enteramente libres y exentos del pago de los tributos con que hasta entónces habían contribuido al Senado Romano. Bién comprendió el Cónsul la grande afrenta y ultraje que causaba al Senado al aceptar semejante condición; pero como estaba con todo su ejército en poder de los Numantinos, se vió en la imprescindible necesidad de admitirla y firmar el tratado, sopena de pagar con la vida, caso contrario. Por intercesión de Tiberio Graco, hijo de Sempronio, se movieron á indulgencia los Numantinos, y á no ser por esta circunstancia, no se hubieran contentado con

imponerles una condición de tan fácil cumplimiento.

Tan luego como el Senado tuvo conocimiento del tratado tan vergonzoso que había firmado Maucino, citó á este de comparecencia ante él á hacer sus descargos, nombrando al mismo tiempo para sustituirle al Cónsul Emilio Lépido, ordenándole terminantemente que hiciese cuantos esfuerzos fuesen posibles para vengar aquella afrenta tan grande. Los Numantinos enviaron por su parte embajadores con las escrituras del concierto, para demostrar patentemente la veracidad con que ellos procedían. Apenas vieron estos la mala fé del Senado que no lo trataba de su utilidad, prescindiendo del honor y de la justicia, expusieron sus justas reclamaciones de esta manera: Siempre ha sido nuestra norma la justicia, y si no tuviéramos perfecta convicción de la razón que ahora nos asiste, jamás hubiéramos osado venir á la presencia de los nobles individuos que constituyen el Senado. Bien sabeis que si el Cónsul Maucino aceptó la condición del tratado, fué porque se veía en poder de nuestros soldados, y por consiguiente en la necesidad de capitular por no perder la existencia. Por tanto, si desatendeis las poderosas razones que alegamos, estais en la obligación de entregarnos vuestro ejército con su jefe, prisioneros como estaban hasta firmar la escritura que presentamos. Había en el Senado diversidad de opiniones; unos querían lo que firmó Maucino, y otros se oponían abiertamente á aceptarla. Por último, no queriendo sufrir la afrenta y vergüenza á que se veían obligados se contentaron con entregar el Cónsul á los Numantinos, dándoles ó queriendo darles á entender que no desatendían sus reclamaciones. Para mejor compren-

der la mala fé del Senado, bastará saber que Tiberio Graco, quedó libre absolutamente, no obstante ser la causa de que Maucino autorizase el tratado, lo cual obedeció á la circunstancia y al grande respeto que tenían á su cuñado Escipión; aunque pretendian hacer ver que el no castigar á Tiberio Graco era efecto de que su intervenció fué no expontánea, sino por mandato de Maucino.

CAPÍTULO XIII.

Cayo Maucino es entregado á los Numantinos, y éstos no le quieren. Publio Furio Filón sucedio en el gobierno á Lépedo, y después de Furio, vino Quinto Calpurnio Pison.

Mientras el Senado Romano deliberaba sobre el urgente asunto de que hemos hablado, Emilio Lépedo acometió á los Vaceos, acusándoles de haber ayudado á los Numantinos en la guerra pasada con víveres y soldados, y corriendo sus campos, lo puso todo á sangre y fuego, intentando despues apoderarse de la ciudad de Palencia, á pesar del expreso mandato del Senado que se lo prohibía. La afrenta y mal orden de Maucino habian aterrado al Senado, al mismo tiempo que infundido mayor valor á los españoles. El esfuerzo de los Palentinos al verse cercados fué tan grande, que saliendo impetuosamente de la ciudad, obligaron á sus contrarios á levantar el sitio y retirarse de noche con el mayor sigilo y reserva. En cuanto los de Palencia echaron de ver al dia siguiente la fuga de los romanos, salieron á todo trance en su persecució, y despues de haberles dado alcance, les causaron las bajas de siete mil infantes y muchísimos heridos. Luego que supo el Senado el gran desastre ocurrido en su ejército, citó á

Lépido á su presencia, donde despojado de todas sus insignias y honores militares, fué condenado por haber causado, con su mal gobierno, todos aquellos trastornos y pérdidas.

Todas estas afrentas eran en cierto modo recompensadas por la actividad que Decio Bruto ejercía en la España Ulterior, en la que además de haber sosegado las alteraciones de los Gallegos y Lusitanos, rindió á su dominio á los Talabrigenses que se alborotaban continuamente. Púsoles la obligación de contribuir con cierta cantidad de dinero, y despues de darles una fuerte y áspera reprensión, les quitó todas las armas y municiones.

El siguiente año 618 de Roma, 154 antes de Cristo, alargaron á Decio Bruto el tiempo de su gobierno en la España Ulterior, y habiendo sido nombrado para la Citerior el Cónsul Publio Furio Filon, recibió orden expresa de entregar á los Numantinos el Cónsul Cayo Maucino. En cuanto llegó puso sitio á Numancia y dejó á Maucino desnudo y atadas atrás las manos á las puertas de Numancia; mas los valerosos y nobles Numantinos no quisieron castigarlo, porque sabian muy bien que de lo sucedido él no tenía culpa alguna. Visto por los romanos lo poco que los de Numancia se cuidaban de Maucino, se ordenó que volviese á sus filas inmediatamente, donde continuó militando bajo las órdenes del nuevo Cónsul. Así quería el Senado cumplir con los Numantinos; pero á estos no les parecía prudente satisfacción el que les fuera entregado el caudillo, y se quedaron los romanos con las tropas que tambien debian quedar puestos á su disposición.

Los autores no hablan más del consulado de Furio,

y sin más detenerse, nos dicen que el año 619 de Roma y 133 antes de Cristo, alargaron nuevamente á Decio Bruto el tiempo de su gobierno en la España Ulterior, nombrando para la Citerior el Cónsul Quinto Calpurnio Pisón, quien peleó con los Numantinos con tan mala suerte que perdió una gran parte de su ejército. Con la villanía por los romanos cometida con la mala fe del Senado, estaban las tropas extremadamente medrosas, así es que tanto este Cónsul como otros varios, pelearon sin éxito favorable, antes por el contrario, sirvieron de grandes perjuicios á la República romana. No era extraño el temor de los romanos, pues cansados los Numantinos por las muchas injusticias que sufrían de aquéllos, furiosos como leones, peleaban denodadamente para emanciparse de la tiranía de Roma.

CAPÍTULO XIV.

Escipión vino á la España Citerior.—Diligencia, habilidad y prudencia de este Cónsul. Primeras disposiciones de este caudillo para disciplinar debidamente su ejército.

Conociendo el Senado los gravísimos daños que se le seguían con la guerra de Numancia, y deseoso de concluirla lo antes posible, contra la ley que prohibía nombrar Cónsul á ninguno desde cuyo último consulado no hubiesen pasado diez años, eligió al hábil y valeroso guerrero Publio Cornelio Escipión, el cual, por haber destruido la gran ciudad de Cartago, era conocido con el sobrenombre de Africano. Esto sucedió el año 620 de Roma y 132 antes de Cristo, en el cual alargaron por cuarta vez á Décio Bruto el gobierno de la España Ulterior, viniendo á la Citerior el famoso

Escipión, que últimamente hemos nombrado, con cuatro mil jóvenes de nobleza romana. Con los Cónsules anteriores tenía el Senado que echar suertes para mandar gente á España, y con Escipión tuvo que prohibir á los vasallos la determinación y grandes deseos que de venir á ella manifestaban. Tal era la prudencia y habilidad de este caudillo, que á porfía se alistaban voluntarios para aprestarse á acometer la empresa de tantos años comenzada.

Ordenó Escipión con los cuatro mil mancebos que le siguieron un escuadrón que le llamó Filonida, y que significaba benevolencia y amistad. El ejército que tenía en España se hallaba flaco y sin vigor, efecto propio del ocio y de la lujuria. Para remediar este daño dejó Escipión en Italia á Marco Buteón su legado para que guiase la gente que para socorrer á los soldados que tenía en España necesitaba, y él partió á la mayor brevedad posible á disciplinar sus tropas, en lo que no paró un solo momento hasta lograr ahuyentar á dos mil rameras que halló en el campamento juntamente con tres mil mercaderes y mochileros, jente tan perdida como aquellas infames mujeres. Limpio una vez su campo de aquel muladar, los soldados cobraron nuevas fuerzas y vigor. Ordenó después Escipión que cada soldado llevase sobre sus hombros trigo para treinta días, para que con el trabajo volviesen los soldados á restablecerse en su primitivo vigor que tan de lleno les habían quitado los vicios que por tanto tiempo les habían dominado. Y para obligarles más y más á huir de la ociosidad, era Escipión el primero que acudía al trabajo, y el último que se retiraba de él. Con esto logró Escipión ver sus tropas bien disciplinadas, pues todos sabemos

que el ejemplo del superior hace que todos sus mandatos se obedezcan sin dificultad.

En estas disposiciones pasó una parte del año, hasta que llegado el estío movió Escipión todas sus tropas y se aproximó á Numancia. Pero por entonces no se atrevió declarar la guerra, porque estaba receloso de que sus soldados se hallarían poco dispuestos para el combate y para pelear con el valor que requeria una empresa tan arriesgada. Por esta razón se contentó con destrozarles á los enemigos los campos que tenían sembrados, hasta que más tarde se extendió á los Vaceos con intención de descargar su ira sobre la ciudad de Palencia, para vengar la afrenta sufrida por el Senado Romano en el consulado de Emilio Lépido. Pero los Palentinos, que no estaban descuidados, prepararon una emboscada para que los romanos huyesen sin causarles á ellos el menor daño, como se verificó; y merced á las ingeniosas disposiciones de Escipión, que previendo que los Palentinos habrían puesto en ejecución infinitos medios para resistir á los romanos mandó cercar á su caballería la emboscada, logró que la infantería retirase ilesa y sin el menor daño. Considerando Escipión lo difícil que sería librar de aquella empresa, desistió de su propósito y dejó su libertad á los Palentinos. Entonces fué cuando Escipión vió por sus propios ojos la ciudad de Caucia destruida por disposición del traidor Lucullo, y movido á compasión, prometió franqueza de tributos y alcabalas á los que la reedificasen y estableciesen en ella.

En esto se pasó todo el verano y gran parte del otoño, y ya llegado el invierno, Escipión sitió segunda vez á Numancia; desde donde salian varias cuadrillas

á robar y destrozar los campos de aquellas comarcas. Ocupados en acciones tan villanas muchos soldados del Cónsul, estuvieron expuestos á perecer en más de una ocasión á no ser por la vigilancia y destreza de Escipión. Había en aquellas cercanías una aldea rodeada de grandes pantanos, y cerca de la cual, se alzaban unos enormes peñascos. Escondidos allí los Numantinos en número de doscientos, hubieran quizá dado muerte á muchos soldados romanos; pero previendo Escipión este caso, partió con tres mil caballos á socorrer á sus soldados.

Ya se vé, á fuerzas tan superiores no era posible que resistiesen los Numantinos, quienes inmediatamente se refugiaron en la ciudad. Con tal motivo los romanos sostenían que los Numantinos no eran tan valientes como el mundo creía, y nosotros podemos afirmar que los cobardes eran los soldados romanos puesto que para pelear con doscientos infantes necesitaban ellos tres mil caballos.

CAPÍTULO XV.

Dstrucción de Numancia.

Era el año 621 de Roma y 131 antes de Jesucristo. El Senado alargó á Escipión el tiempo de su Gobierno, sabiendo que lo que no consiguiese este Cónsul no lo lograría ninguno. Tan pronto se hubo pasado la cruda estación del invierno, dividió Escipión sus tropas y de un campamento hizo dos, quedando él mismo al frente del uno y encargando la dirección del otro á Quinto Fabio Máximo, su hermano: Todas estas operaciones se dirigían á estrechar todavía más el

sitio á los Numantinos. Constaba el ejército del Cónsul de sesenta mil hombres, contando solamente ocho mil soldados el ejército de Numancia. Los Numantinos sacaron sus tropas fuera de la ciudad y ordenadas sus compañías en debida forma, no tuvieron inconveniente en presentar la batalla al enemigo, con la resolución de vencer ó perecer antes que sufrir por más tiempo las incomodidades de un sitio tan prolongado. Pero había formado Escipión el propósito de no trabar la batalla, porque consideraba que el oficio de un buen caudillo no menos es vencer y concluir la guerra con astucia y sufrimiento, que con atrevimiento y fuerzas: tampoco le parecía conveniente contraponer sus soldados á aquella ralea de hombres desesperados. Así es, que mandó cercar la ciudad con empalizadas para que los Numantinos no pudiesen salir de ella con tanta facilidad como hasta entonces: hizo además un foso al rededor de la población, y levantó un valladar de diez piés de altura y cinco de ancho, armado con vigas y lleno de tierra, con sus torres, troneras y saetas á ciertos trechos. Solamente por el Duero podían ya salir de la ciudad los Numantinos, pero aun de este único remedio les privó más tarde Escipión, poniendo gruesas compañías de soldados en la ribera del rio.

Durante estas operaciones los Numantinos habían hecho mil esfuerzos para probar los proyectos de los enemigos; pero vencidos por el número, habían debido volver á la ciudad, no quedándoles sino la triste alternativa de morir por hierro ó hambre, ó de capitular. En aquella situación, Retógenes Caurino, seguido de cuatro ciudadanos suyos, escala las fortificaciones romanas por su parte más débil, mata á los centinelas

que encuentra á su paso, y se dirige al país de los Arévacos. Llegado allí, reúne á los principales habitantes, y los conjura para que marchen en auxilio de su antigua aliada; trázales un vivo cuadro de los peligros que corre la animosa Numancia; háblales de su amistad, de los peligros que tambien á ellos les amenazan, de la codicia, de la saña y de la mala fe de los romanos: recuérdales la destrucción de Caudia, el último tratado estipulado con Maucino, y les dice: Nuestra causa es la vuestra; no separemos nuestros intereses: empuñad las armas y marchad en nuestro auxilio, pues al perderse Numancia os exponeis á peder la libertad de España. Conmovidos por tales palabras, los Arévacos prorrumpen en llanto; pero no eran lágrimas sino brazos lo que había de salvar á Numancia. Aquel pueblo, temeroso del resentimiento de los romanos, no se atrevió á socorrer á su antigua aliada, é ignórase lo que fué de Retógenes. Solo una ciudad se apiadó de la infeliz Numancia: sin acordarse más que del lazo que las uniera en los tiempos de esplendor, Lucia no pensó en las calamidades que su conducta podía atraer sobre ella, y trató de socorrer á los sitiados. Los Numantinos esperaban que tan buen ejemplo seria imitado por otras ciudades españolas; pero los habitantes de Lucia solamente tuvieron que sufrir las terribles consecuencias que eran de esperar, pues cortado Escipión los brazos á cuatrocientos mozos de aquella ciudad, quedó desvanecida toda esperanza, y excesivamente castigada aquella humanitaria acción.

Solo quedaba ya abierta á los Numantinos la vía de las negociaciones y quisieron intentarla. Introducido en presencia del general romano, Aluro, presidente del

Consejo Numantino, tomó la palabra en nombre de sus conciudadanos, y dijo: ¿Has visto acaso hombres tan valientes, tan esforzados, tan constantes como los soldados de Numancia? Ellos, pues, se confiesan vencidos ante Escipión. ¡Qué gloria para tu nombre poder envanecerte de haberlos sometido! Nosotros, solo sobreviviremos á nuestro infortunio pensando que si hemos rendido las armas ha sido únicamente á un capitán como tú. Hoy que la fortuna nos abandona, venimos: imponnos condiciones aceptables, pero no nos destruyas. Si rehusas la vida á los que de tí la imploran, sabrán morir peleando; y si les niegas el combate, tendrán valor para clavarse ellos mismos la espada en el pecho, antes que dejarse asesinar por tus soldados. Tén corazón de hombre, y condúcete de modo que la sangre no manche inútilmente tu estirpe. Escipion quedó admirado por el atrevimiento de estas palabras y la dignidad del que las pronunciara, y contestó con frialdad no poder tratar con ellos hasta que se le rindiese por completo la ciudad. Al saber esta respuesta los de Numancia se avergüenzan de una demanda que tanto les había costado, y que tan poco efecto había producido. Poseidos de furor, y no pudiendo saciarlo en sus enemigos, precipítanse contra sus propios enviados y los despedazan. ¡Acción horrible y villana, pues ellos ninguna culpa tenían!

No les quedaba ya esperanza de salvarse ni de morir combatiendo, y sin embargo intentaron un último esfuerzo. Despues de beber con exceso un licor fermentado extraido del trigo y del zumo de una hierba ponzoñosa (especie de cerveza que ellos llamaban Celix) salen de la ciudad, y desde el pié de las forti-

ficaciones romanas, desafiaron al ejército enemigo; pero oponiéndoseles un número excesivamente mayor al suyo, se vieron precisados á huir á la ciudad, en la que ya se alimentaban con los cuerpos muertos de sus conciudadanos. Finalmente, acosados cada vez más por los más terribles enemigos del hambre y de la miseria, quisieron huir y salvarse, y como esto era imposible, despues de pegar fuego á la ciudad ellos mismos se dieron la muerte, unos con ponzoña, otros clavándose las espadas en el pecho, y otros, en fin, peleando en desafío eran arrojados á una hoguera que tenían encendida y preparada á este [fin, echando al muerto y tras él al que le había quitado la vida.

Así fué destruida la heróica ciudad Numantina, terror del Senado romano, honra y gloria de España el año 621 de Roma y 131 antes de la venida del Hijo de Dios al Mundo. Duró su campaña 20 años desde el 601 hasta el 621 de aquella época.

Cuando Escipión entró en la ciudad solo encontró cenizas de cadáveres humanos y casi toda la población destruida. Los pocos edificios que el fuego dejó sin consumir, fueron echados por tierra según orden de Escipión. Los campos se repartieron entre los pueblos comarcanos, y Escipión, fundada la paz en la España romana; partió para Roma á gozar el triunfo de azañas tan señaladas, por las que además de otros muchos títulos y blasones, le fué dado el renombre de Numantino.

APÉNDICE.

Para la perfecta inteligencia de varios pasajes de esta historia, hemos creído de oportunidad indicar aquí la correspondencia de los nombres antiguos de los pueblos, ciudades, etc, con los modernos.

Durante la dominación romana la España estuvo dividida en cinco provincias: la Tarraconense, la Cartaginense, la Bética, la Lusitana, y la Gallecia ó Galicia.

Tarraconense.—Esta provincia confinaba al Norte, con el mar Cantábrico en las costas de Castilla y Vizcaya; al Sur, con la Cartaginense en una línea que desde este punto entraba por Aragón, y seguía por Soria y Burgos hasta Fuentes de Ebro; al Este, con las costas de Cataluña y Valencia hasta más allá de Peñíscola, y al Oeste, con Galicia, siendo línea divisoria la que vá desde Fuentes de Ebro al Puerto de Santillana.

Cartaginense.—Confinaba al Norte con la Galicia y con la Tarraconense; al Sur, con la Bética; al Este, con el Mediterráneo en las costas desde Peñíscola al rio Almanzor, y al Oeste con la Lusitania y la Galicia.

Bética.—Al Norte confinaba con la Cartaginense y la Lusitania, siguiendo la propia línea y la del Guadiana; al Sur, con el Océano y Mediterráneo en las costas de Andalucía y desde el Guadiana al Almanzór; al Este, con la Cartaginense sirviendo de línea divisoria la que de Medellín por Sierra Morena seguía por el Oeste de Baeza y Gandía hasta el rio Almanzor, y al Oeste con la Lusitania mediante el mismo rio.

Lusitania.—Eran sus límites al Norte con la Galicia mediante el rio Duero; al Sur y Oeste con el Océano en las costas desde Guadiana al Duero, y al Este con la Cartaginense y la Bética de que la separaba el Guadiana.

Galicia.—Al Norte y Oeste con el Océano en las costas desde el Duero al puesto de Santillana; al Sur con la Lusitania mediante el Duero, y al Este con la

Tarraconense en la línea que va desde el puerto de Santillana á Fuentes de Ebro.

Hechas estas ligeras indicaciones, síguese la correspondencia de los pueblos antiguos con los modernos.

Antiguos.	Modernos.
Arévacos	Región de la Cartaginense.
Belos	Los pueblos de la Sierra de Urbión.
Axenia	Buenache.
Caucia	Coca.
Carpetania	Región de la Cartaginense.
Cartago	Cartagena.
Celtiberia	Región de la Cartaginense y Tarraconense.
Carmena	Carmona.
Cunistorgis	Estombar.
Centobriga	Santáver.
Clunia	Coruña del Conde.
Arsa	Aznaga.
Contrebia	Zorita ó Trillo.
Edetanos	Región de la Cartaginense.
Futercacia	Villargacia.
Lusitanos	Región de la Lusitania.
Lusones	Pueblos próximos á Numancia.
Lucia	Viniegra.
Erisana	Lucena.
Maulia	Mallén.
Nertobriga	Ricla.
Numancia	Garray.
Ocile	Medinaceli.
Segeda	Arjonilla.
Termancia	Lerma.
Trívola	Tovarra.
Talabriga	Cacia ó Aveiro.
Tithios	Hácia Atienza.
Termestinos	Nuestra Sra. de Tiermes.
Vaceos	Los de tierra de Campos (Palencia).
Vacia	Jaca.
Vettones	Región de la Lusitania.
Carpetanos	Región de la Cartaginense.
Turdetanos	Región de la Lusitania.
Versobriga	Cabeza de Griego.
Tarraco	Tarragona.

ÍNDICE.

	Páginas
Dedicatoria.....	3
Capítulo I.—Numancia y Soria en los Atlas históricos.....	5
Capítulo II.—Antigüedades romanas. Ruinas de Numancia.....	7
Capítulo III.—Costumbres de los Españoles.....	16
Capítulo IV.—Del principio de la guerra de Numancia.....	19
Capítulo V.—Alianza pactada entre Roma y Numancia. Sucédense nuevas alteraciones que dieron lugar más tarde á grandes daños.	21
Capítulo VI.—Guerra en la España Ulterior. Sabido el desastre de Fulbio Nobilior nombraron á M. Claudio Marcelo para gobernar la Citerior. Fulbio Nobilior encarece y aumenta en Roma la deslealtad de los Celtiberos. El Senado romano intentó mandar tropas contra España sorteando al efecto los soldados que habian de venir.....	27
Capítulo VII.—De lo que Marco Atilio hacia en la España Ulterior. Publio Cornelio Escipión, el menor, vino á España. Hacense paces con Numancia y otros pueblos.....	32
Capítulo VIII.—Guerra de Viriato y causas que la motivaron. Sergio Galba, luego que el Senado romano conoció los grandes daños que habia originado con su avaricia y crueldad, fué acusado de haber quebrantado la fé á los Lusitanos.....	39
Capítulo IX.—Quinto Cecilio Metelo rindió á los Celtiberos. Quinto Fabio Servilio vino á la España Ulterior. Viriato ganó memorables batallas, y logró que los Romanos intentasen rendirsele y tratasen de hacer convenio con él. Qué resultados tuvo la confederación hecha por los Romanos.....	45
Capítulo X.—Viriato fatigó en extremo al ejército romano todavía algún tiempo, hasta que viendo los enemigos la impotencia de sus armas trataron de asesinarle á traición, valiéndose de la embajada que Viriato envió al campamento del Consul, para tratar de poner en ejecución su horrendo crimen.....	50
Capítulo XI.—Como se encendió nuevamente la guerra de Numancia. El Senado romano quebranta completamente y hace nulo el convenio pactado entre el Consul y los Numantinos.....	54
Capítulo XII.—Cayo Hostilio Maucino sucesor de Popilio, hizo confederación con los Numantinos. Qué determinó el Senado acerca de ella.....	58
Capítulo XIII.—Cayo Maucino es entregado á los Numantinos y éstos no le quieren. Publio Furio Filon, sucedió en el gobierno á Lépido, y después de Furio, vino Quinto Calpurnio Pisón.....	63
Capítulo XIV.—Escipión vino á la España Citerior. Diligencia, habilidad y prudencia de este Cónsul. Primeras disposiciones de este Caudillo para disciplinar debidamente su ejército.....	65
Capítulo XV.—Destrucción de Numancia.....	68
Apéndice.....	73

